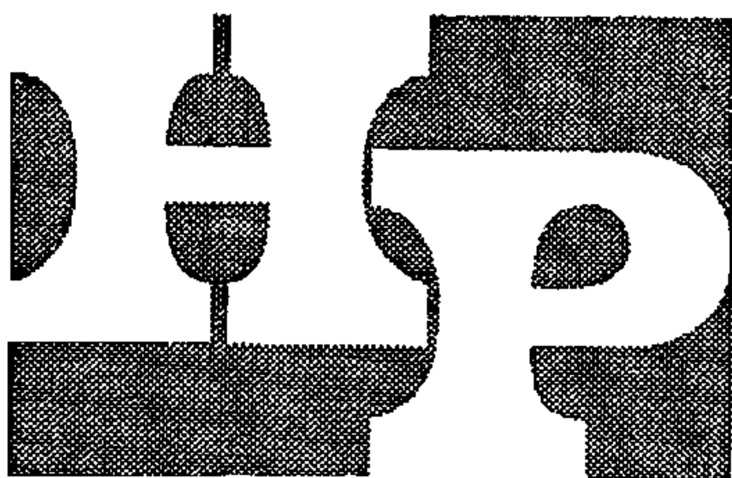
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

BALA DE ORO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

BALA DE ORO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 47
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 34550-1970

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer pasó a caballo ante la fila de hombres inmóviles.

Todos los ojos la fueron siguiendo a pesar de que los hombres no se movían. Sólo sus miradas cambiaban de dirección; y las miradas estaban presas en la figura de aquella mujer diabólicamente hermosa.

El caballo era blanco, de pupilas llameantes y duras. Ella era morena, de largos cabellos negros recogidos sobre la nuca, de poderoso busto, de sólidas caderas que el pantalón de montar modelaba como si fuese una segunda piel.

Era una mujer como para no olvidar nunca.

Había en ella algo de salvaje, de pletórico, de fruta madura que acababa de nacer. Los ojos de los hombres, requemados por el sol de Texas, seguían uno a uno todos sus movimientos. En algunos de esos ojos había como una chispa de dolor.

Esa especie de secreto dolor que sentimos los hombres ante una mujer demasiado hermosa y que seguramente no volveremos a ver nunca.

Ella hizo girar hábilmente su caballo, dio media vuelta y pasó de nuevo ante los hombres, perdiéndose en la lejanía, en dirección a los barracones que se distinguían sobre la colina.

Uno de los hombres gruñó:

—¡Es una infamia! ¡No hay derecho!

Y otro:

—¡Se burla de que no podemos hacerle nada, de que no nos está permitido decir ni una sola palabra!

—¡Pretende que alguno de nosotros haga una locura para luego ver cómo lo ahorcan o cómo lo fusilan ante un paredón!

Las voces y los rumores iban en aumento. Hasta que de pronto

uno de los guardianes, moviendo en abanico su rifle, gritó:

—¡Silencio!

Todos fueron callando lentamente, y el rumor se extinguió como una gran serpiente que va replegando su cola.

Otros guardianes, que estaban situados en puntos estratégicos, fueron acercándose poco a poco. Todos llevaban rifles «Winchester» de repetición último modelo, y sus cañones amenazaban a la vez a toda la larga hilera de presos.

Uno de ellos gritó:

—¡El coronel ya no pasará! ¡La revista ha terminado! ¡Fuera!

Los hombres, que habían estado tres horas de pie bajo el diabólico sol de Texas, se fueron dispersando lentamente.

En la mayoría de aquellos rostros barbudos y levemente demacrados, se advertían los primeros síntomas de una brutal desesperación, casi de una especie de locura.

Todos eran soldados del Norte recluidos en un campo de prisioneros del ejército del Sur.

Sus guardianes, vestidos con el uniforme gris de la Confederación, les fueron siguiendo, sin dejar de encañonarlos, hasta ver cómo se encerraban en los grandes barracones que tenían destinados.

Sobre la puerta de uno de ellos campeaba un letrero de cartón en el que, en grandes letras, había escrito:

> AQUÍ ESTÁ PAT LESTER.
> SI NECESITÁIS ALGO DE ÉL,
> SEA DINERO, TABACO O AYUDA
> PARA UNA EVASIÓN, PEDÍDSELO.

Los prisioneros, al entrar en el barracón, fueron tumbándose o tomando asiento en las literas que ellos mismos habían construido. A pesar de estar todas las ventanas abiertas, el calor allí dentro era también insoportable. Todos empezaron a maldecir de nuevo.

—¡Ese coronel Butterson es un canalla!

—¡No es necesario que nos tenga tres horas al sol para una revista que luego no pasa!

—Cuando termine esta guerra y nosotros la ganemos, voy a

clavarle una bala entre las dos cejas.

Todos protestaban, gruñían y lanzaban maldiciones a excepción de un solo hombre.

Ese hombre era uno de los más jóvenes del grupo, vestía como casi todos, un raído uniforme de oficial nordista, tenía los cabellos rubios y los ojos de un extraño color
azul-gris
penetrantes y duros. Pero sus labios tenían siempre a punto una sonrisa cordial, y ninguno de sus amigos le había visto jamás enfadado o preocupado por algo.

Ese hombre era Pat Lester.

El que estaba más cerca le miró y dijo:

—¿Es que tú no te quejas, Pat?

—¿Yo? ¿Para qué? No vale la pena.

—¡Cuerno! Parece como si fueras de piedra…

—¡Qué va! Soy de carne y hueso. ¿Quieres medio cigarrillo?

—¿De dónde demonios los has sacado?

—Robándolo por ahí a uno de los guardianes. Tengo los dedos bastante ágiles, ¿sabes? Toma.

Partió en dos mitades un mugriento cigarrillo y dio una parte a su compañero mientras él se introducía la otra entre los labios.

Encendieron con un fósforo que también tenía Pat.

—¿Qué ocurre? ¿Es que tú tienes de todo?

—Me voy despabilando.

—Pues no lo parece. Jamás te he visto preocuparte por nada durante cinco minutos seguidos.

—Más vale así.

Otro de los prisioneros se acercó.

—Oye, Pat, necesito una plantilla para las botas, sabes que no puedo andar y me castigarán por eso. La necesito verdaderamente. En el almacén me han dicho que podrían darme unas por medio dólar.

—Bueno, hombre…, pues no te preocupes más.

Sacó unas monedas y las entregó a su compañero.

—Medio dólar.

El otro puso la cara que pondría quien encuentra una mina de oro bajo la colchoneta donde duerme.

—Pero ¿tú tenías medio dólar, Pat?

—Yo siempre tengo algo para los amigos.

—¿Cómo lo has conseguido? Jamás te he visto buscarlo, juraría que no te preocupas por nada…

—No me preocupo.

—¿Ni siquiera por esa mujer?

Pat entrecerró un momento los ojos.

—Ni siquiera por esa mujer.

—Pues eres el único.

—Sonia resulta un hermoso ejemplar de yegua, pero no voy a hacerle el favor de fijarme en ella.

—Ni que fueses el rey de Texas.

—Es que si me fijara en ella tendría que preocuparme por eso de que si me quiere o no me quiere. Y, la verdad, no deseo preocupaciones ahora. Y con mujeres muchísimo menos.

—Pero ésta es muy hermosa.

—Demasiado.

—¿Por qué habrá pasado a caballo delante de nosotros cuando llevábamos más de tres horas al sol? ¿Es que ha querido enloquecernos?

—No hace falta. Os tiene ya locos a todos.

Rieron, pero sus risas eran cansadas y tristes.

—Seguramente ella iba a dar un paseo —dijo Pat—. Luego se habrá arrepentido, al ver que todos la seguíamos con la mirada, y ha vuelto a su casa. Aunque sea la hija de un coronel sudista no creo que haya hecho todo eso para burlarse de nosotros.

—Pues yo empiezo a creerlo.

Sonaron en aquel momento las trompetas para el rancho. Los hombres salieron de sus barracones y formaron en dos filas, llevando en la mano sus escudillas de aluminio. Pasaron ante la caldera donde se les sirvió un potaje maloliente consistente en una pasta donde flotaban algunos trozos de carne, que eran repartidos al azar. A Pat Lester le correspondió el más grande y suculento de aquellos trozos.

Uno de sus compañeros, con cara de muerto de hambre, lo estuvo mirando mientras se sentaban a la sombra de un árbol.

—¿Lo quieres? —preguntó Pat.

—Pues… yo…

—No se hable más. Aquí está.

El otro, se lo engulló y miró a Pat con ojos donde la gratitud se mezclaba con el asombro.

—Nunca te he visto pelearte por nada, muchacho, ni dedicar atención a una cosa más de cinco minutos…

—Es que no hay nada que valga la pena.

—Eres un tío tranquilo.

—Eso es lo único que quiero ser.

Terminaron de comer y por la tarde trabajaron en la construcción de una vía férrea que había de unir la costa de Texas con el interior, y que seguramente no se terminaría nunca. Por la noche, rendidos de cansancio, fueron encerrados en sus barracones, y los soldados sudistas montaron sus turnos de guardia.

Antes todos se habían quejado menos un hombre: Pat Lester.

Ahora todos se durmieron menos un hombre: Pat Lester.

Hacia la madrugada, cuando mayor era el silencio en el campo de prisioneros, se deslizó de su camastro, saltó por la ventana que había junto a él y, con la agilidad y el silencio de un gato, empezó a arrastrarse en dirección a un bosquecillo que había a cosa de dos millas más al Norte.

Cuando estaba a unas quinientas yardas del campamento, se puso en pie y empezó a correr agazapado.

Atravesó el bosquecillo con grandes precauciones, pues sabía que allí se quedaban a dormir a veces algunos soldados sudistas borrachos que no se atrevían a volver al campamento. Luego llegó a una colina que estaba llena de rastrojos y de hierba seca.

Con varios fósforos que conservaba cuidadosamente en los bolsillos, encendió fuego en unos matorrales. Las llamas prendieron pronto en la hierba reseca por el sol y momentos después el incendió había tomado grandes proporciones, siendo visible desde gran distancia.

Pat descendió colina abajo, rodeándola, y regresó al campamento por un camino distinto del que había tomado al venir.

Cuando ya estaba llegando, tuvo que arrojarse a tierra para esquivar una patrulla que se dirigía al lugar del incendio.

—La tierra está demasiado seca. Cualquier distraído habrá pegado fuego sin darse cuenta —gruñía uno de los soldados.

—Pues ya es el tercer incendio en un mes.

—Casualidades.

—Vamos a ocuparnos de que las llamas no alcancen el bosque y luego regresaremos. Aquí se duerme menos que en el frente.

—De todos modos, poco va a durar la guerra. Después de Gettysburg, la Confederación está perdida.

La patrulla pasó, y Pat Lester pudo salir de su escondite para arrastrarse de nuevo hacia el campo de prisioneros.

Como el incendio había provocado cierta alarma entre los soldados y todos miraban en la misma dirección, a Pat no le fue difícil deslizarse hasta su barracón, entrar por la ventana y tenderse en el camastro como si nada hubiera ocurrido. Algunos de sus compañeros le vieron, pero todo el mundo se abstuvo de hacer comentarios.

El incendio duró toda la noche y fue visible desde los cuatro puntos cardinales a una enorme distancia.

Pat Lester durmió feliz.

* * *

A la mañana siguiente a todos los prisioneros se les obligó a formar ante el anuncio de que iban a ser revistados por el coronel Butterson.

El sol calentaba más que el día anterior. El aire caldeado producía irisaciones que deformaban los objetos. Al fin, tras dos horas de espera, llegó la orden:

—¡Descubrirse!

Todos los prisioneros de la Unión, que ya tenía prácticamente ganada la guerra, hubieron de quitarse sus gorros azules y dejar que el sol encendiera una bola de fuego sobre sus cabezotas. El coronel Butterson, un hombre alto, hercúleo, vestido con un impecable uniforme gris, pasó revista a caballo a la doble fila de prisioneros. Detrás de él iba su hija.

Nadie se fijó en el coronel.

¡Aquella figura juvenil y al mismo tiempo poderosa! ¡Aquel cuerpo de muchacha, pero que tenía ya toda la plenitud de la mujer! ¡Aquellas ropas de amazona que se pegaban a ella como una segunda piel!

Los ojos de los hombres la iban siguiendo movimiento a movimiento.

Con una sola excepción: Pat Lester.

Pat se entretenía contemplando una lejana granja, y ni una sola vez dirigió la mirada hacia Sonia Butterson.

Ésta, sin embargo, se detuvo ante él.

—¿Qué posición de firmes es la suya? —preguntó duramente.

Pat la miró entonces. Sus ojos de aquel extraño color
azul-gris
brillaron un momento.

—Es la posición de firmes que me enseñaron en el ejército, señorita.

—¿En qué ejército?

—En el que está ganando la guerra.

Sonia se mordió los labios. El coronel se había detenido también y miraba al prisionero mitad con odio, mitad con asombro.

—¿Cómo se atreve a contestar de esa manera? —gritó de repente, haciendo volver grupas a su caballo—. ¡Sargento Nichols! ¡Haga que este oficial sea conducido inmediatamente a las celdas de castigo!

El sargento Nichols, un tipo delgado y con barba de siete días, se acercó a Pat.

—Vamos, valiente.

Pat Lester se encogió de hombros, envió un beso con la punta de los dedos a la hija del coronel y se alejó con Nichols.

Sonia dijo a éste unas palabras en voz baja, inclinándose sobre el cuello del caballo, antes de que desapareciera.

Pat y su acompañante llegaron a una zona pelada y reseca del campamento donde había unos hoyos abiertos en la tierra y reforzados con piedras, a las que había sujetos unos grilletes, En cada uno de aquellos hoyos penetraba diabólicamente el sol, y existía además el peligro de que se acercasen los escorpiones. Eran las «celdas de castigo».

—Voy a divertirme aquí —gruñó Pat Lester—. ¿Y no va a venir a verme ni siquiera una mujer, Nichols?

—Me parece que vas a ver una muy pronto.

—Sí, a «mamá Muerte».

—No. A una más guapa y con bastantes cosas encima de los huesos.

—¡Diablo! ¿Sabe que está despertando mi curiosidad, Nichols? ¿Cuántas horas necesito estar al sol para empezar a imaginarme

mujeres así?

—No son imaginaciones. Es una realidad.

—Bueno, hombre. ¿Y a qué mujer voy a ver, si puede saberse?

—A Sonia Butterson.

—¿La hija del coronel?

—La misma.

—Querrá atizarme una docena de latigazos por el beso que le he enviado antes con la punta de los dedos.

—No lo sé ni es asunto mío. Lo único que puedo asegurar es que en el último instante me ha ordenado en voz baja que cuando terminase la revista te llevara a su departamento.

—Pues la revista ha terminado ya.

—Por eso no estás ya en uno de esos hoyos con grilletes en los pies. Vamos a ver a ese monumento. No sé para qué te querrá, pero supongo que para nada bueno.

Tomaron por una senda lateral, flanqueada por algunos árboles raquíticos, hasta el departamento de Sonia Butterson.

Ésta vivía sola, distanciada de su padre y de la tropa, con una vieja criada que no estaba en ese momento.

El departamento constaba de dos habitaciones. En una de ellas, en la primera, se hallaba Sonia.

Terminaba de cambiar sus ropas de amazona por un vestido de paseo, un vestido que ceñía diabólicamente su cintura y su busto. Y terminaba de abotonárselo cuando entraron los dos hombres.

Ella miró directamente a Pat.

—¿Usted es Pat Lester? —preguntó.

—El mismo que tiene una boca para llamarla guapa.

—¿Y qué hace ahí parado?

—Admirarla.

—Pues muévase y ayúdeme a abotonarme la espalda.

Nichols sudaba. Creía que aquello era una añagaza de Sonia para tener ocasión de abofetear al prisionero. Pero éste no debió pensar lo mismo, porque se acercó tranquilamente y abotonó con toda perfección el vestido de la muchacha. El penetrante perfume de la piel de ésta le produjo como un estremecimiento, pero se dominó.

Luego Sonia dijo:

—Márchese, Nichols.

—¿No cree… que puede ser peligroso?

—¿Por qué?

Sonia avanzó hasta una mesa situada en el centro de la pieza, tiró del cajón y extrajo un «Colt» cargado.

—Si hace una sola tontería se arrepentirá. Este «amigo» convence hasta a los hombres más enloquecidos.

—Pero ¿qué ocurrirá si este tipo se apodera del revólver? No olvide que usted es sólo una mujer.

—Pat Lester sabe que con un revólver o sin él no podría llegar muy lejos. De todos modos, quédese fuera, sargento Nichols. Quiero hablar a solas con este hombre.

Nichols obedeció.

Ella se sentó en una de las butacas del departamento, que estaba lujosamente amueblado, y cruzó las piernas con la elegancia y la coquetería de una bailarina.

—¿Por qué era el único que no me miraba antes, cuando pasábamos la revista? —preguntó.

—Usted no pasaba revista. Era su padre.

—Lo sé. Pero yo tenía interés por descubrir a un determinado hombre entre los prisioneros. Por eso he pasado varias veces ante ellos.

—¡Qué bien!

—No le agradará tanto burlarse cuando conozca el motivo por el que le he hecho llamar. ¿No se ha dado cuenta de que al ser el único que no me miraba tenía que llamar forzosamente mi atención?

—¿De veras he llamado su atención? Al salir de aquí grabaré la fecha en la corteza de un árbol.

Ella no pareció ofenderse por el tono desenfadado, casi burlón, de las palabras de Pat Lester.

—Parece increíble que un prisionero quiera mostrar tanta gallardía —dijo Sonia al fin—. Debería darle vergüenza ser un vencido, un hombre que se dejó capturar por sus adversarios. Sólo los cobardes caen prisioneros; los valientes mueren.

Pat apretó con fuerza los labios y por un momento pareció como si fueran a rechinar sus dientes, pero en seguida se rehízo.

—Mi unidad fue cercada —explicó—, y no tuvimos oportunidad de combatir.

—Pero usted era un oficial.

—No quise sacrificar inútilmente a mis soldados.

—Miente.

Sonia se había inclinado un poco hacia adelante. Su busto palpitaba. Pat intentó sonreír.

—¿Dice que miento?

—Usted se dejó capturar prisionero a propósito.

—No la entiendo.

Sonia se puso en pie, dio dos nerviosos paseos por la estancia y explicó al fin:

—No sé si usted sabrá que yo viví en Washington al principio de la guerra civil. Cuando las hostilidades empezaron hice todo lo posible para reunirme con mi padre, que estaba en el Sur, con los confederados, pero no me fue fácil conseguirlo. Y tuve que vivir en Washington más de un año.

—Muy bien. Bonita ciudad, ¿no?

—Vivía enfrente del lugar donde estaba instalado el Departamento de Estado, y en ese edificio había un anexo donde se enseñaba a los oficiales del Estado Mayor a realizar misiones de espionaje.

Las facciones de Pat palidecieron un poco. Le fue difícil no acusar el impacto esta vez.

—¿Espionaje? ¡Qué palabra tan complicada!

—No trate de bromear hasta el fin, porque de poco va a servirle. Usted era uno de esos oficiales.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque en ese caso yo también la habría visto a usted, y en estos momentos seríamos marido y mujer. Nadie hubiese podido remediarlo.

—¿Sabe que a los prisioneros se les conserva la vida, pero que a los espías se les fusila?

—Sí.

—Le vi salir muchas veces de aquel sitio, señor Lester. Sin duda les preparaban allí para alguna misión especial. E incluso tuve un novio entre aquellos oficiales.

—¡Con lo guapos que estábamos! ¡Quién fuera mujer!

—¡Cállese! ¡Basta de bromas! Está intentando burlarse de usted

mismo, de la muerte y de todo, pero de poco le va a servir. Repito que tuve un novio entre aquellos oficiales. Un novio respetuoso y mantenido a distancia, claro. Él me explicó que algunos de ustedes tendrían que caer prisioneros para realizar misiones de información en territorio enemigo.

—Dígame el nombre de ese oficial y si vivo lo ahorcaré con el cinturón de mi uniforme.

—Ese oficial ha muerto. Yo misma vi su cadáver en Gettysburg, cuando me retiraba con las tropas de mi padre. Pero sus palabras quedaron grabadas en mi memoria. Y por eso, cada vez que veía un incendio en las colinas, «precisamente después de pasar por la carretera una división completa», me decía que uno de aquellos oficiales estaba entre los prisioneros. Como es lógico me propuse descubrir quién era y por eso aprovechaba para revistarlos todas las ocasiones en que se hallaban reunidos. Pero no lograba dar con ninguno de aquellos hombres. Hasta que hoy me he fijado en uno que no me miraba y todo me ha venido a la memoria. Su cara, incluso su nombre, leído más de una vez en la lista de prisioneros: «Capitán Pat Lester». El único capitán de Estado Mayor que hay aquí. ¿Me equivoco? Si me dejo algún detalle podría decírmelo usted mismo. De este modo ahorraríamos trabajo al tribunal que ha de juzgarle.

—Pero ¿es que van a formar tribunal y todo?

—Es lo legal.

—Si pierden el tiempo en legalidades ya no podrán fusilarme. Las tropas del Norte están avanzando por todas partes. Cualquier día se enterarán de que están cercados y entonces todo habrá terminado para el Sur.

—Aún falta mucho para eso.

—Usted sabe que no.

—¿Qué sugiere entonces? ¿Qué le ejecute yo misma con un disparo de mi revólver?

—Sería lo mejor. Un beso y después un balazo entre
las' cejas.

Ella sonrió de una forma extraña, fue hasta la mesa donde estaba el revólver, tiró del cajón y lo empuñó.

—Puede que tenga razón —dijo—. Eso sería lo más cómodo para todos. Sólo suprimiremos una cosa.

—¿Cuál?

—El beso.

Y levantó el revólver, apuntando al centro de la cabeza de Pat Lester.

CAPÍTULO II

El buen hombre estaba con las piernas entreabiertas en lo alto de la colina, mirando hacia abajo, gruñó:

—Ha sido un buen trabajo.

A su espalda había un sendero, que estaba materialmente tapizado de soldados del Sur pasados a cuchillo. Unos cuantos jinetes vistiendo uniforme azul del Norte pasaban bordeándolos y arrastrando unos armones con dos piezas de artillería.

El hombre que estaba en lo alto de la colina era Forwell, uno de los más audaces comandantes que tenía el ejército de la Unión.

Un teniente desmontó de su caballo, terminó de subir a pie la colina y se cuadró.

—Todo listo, mi comandante. Las piezas pueden ser situadas en posición para el tiro.

—Tiene gracia. Dentro de unos minutos les acribillaremos. Y ni siquiera sospechan que los del Norte estamos aquí.

—Es que la sorpresa de esta noche ha sido una operación maestra, señor. Cada uno de nuestros soldados se ha preocupado de un enemigo y le ha clavado la bayoneta en la garganta sin dejarle exhalar ni un grito. No ha quedado un solo sudista para ir con la noticia a la retaguardia. Cuando sepan que tenemos los cañones emplazados aquí cundirá el pánico.

—Eso es lo que pretendo.

El teniente hizo unas señas a los artilleros desde lo alto de la colina. Las piezas fueron emplazadas. Luego el comandante señaló el edificio que mejor se veía desde allí.

Un pequeño y alegre departamento que constaba probablemente de dos piezas.

—Dirigiremos el tiro hacia allí —indicó—. Aquél será nuestro

primer objetivo. Espero que esté vacío, porque si hay alguien allí… está arreglado.

Descendió para corregir la situación de los cañones y luego volvió a subir a la colina.

Desde allí gritó:

—¡Fuego!

Los tres cañones que habían sido empleados empezaron a disparar uno después de otro.

Los dos primeros disparos salieron ligeramente desviados. El tercero llegó a su destino.

La mitad del departamento que habían señalado como objetivo saltó por los aires hecho astillas.

Forwell gritó:

—¡Primera y segunda piezas, corrijan el tiro hacia la izquierda!

La corrección estuvo hecha en un instante. No en vano los que manejaban aquellas piezas habían sido escogidos entre los mejores artilleros de la Unión. Los cañones volvieron a bramar otra vez y lo que quedaba del pequeño departamento saltó por los aires hecho pavesas.

Entonces Forwell gritó:

—¡Perfecto! Tiren contra el campo sudista. ¡Corrección cinco grados Oeste!

Las piezas desviaron ligeramente sus bocas y unos minutos más tarde empezaban a vomitar fuego otra vez. Forwell, desde su observatorio, corrió el tiro dos veces, hasta que empezó a ver saltar por los aires los barracones del campamento sudista.

Tomó su largavista y observó entonces un espectáculo que a él le pareció sumamente hermoso.

Los prisioneros nordistas recluidos en el campo, habían abandonado sus barracones y se lanzaban contra los restos de sus guardianes, sin más armas que sus manos estrangulándolos cuando los tenían en tierra.

Pero a Forwell, endurecido por la guerra y lleno de odio hacia el Sur, se lo pareció.

—Admirable —susurró—. Admirable.

—Los informes de Lester nos han sido muy útiles —dijo el teniente que volvía a estar a su lado—. Por él sabíamos que todas las tropas confederadas habían pasado ya por este sector. ¿Qué

crees que ocurrirá con los dos últimos regimientos que hemos copado en la carretera?

Como una sonora respuesta a aquella pregunta, se oyó hacia el norte el tronar insistente de los cañones.

Forwell lanzó una carcajada.

—Nuestros artilleros los deben estar machacando ahora —dijo —. Dentro de poco no quedará ni un uniforme gris con un cuerpo entero dentro. La desbandada empezará en toda esta región del Sur.

—Y nuestra caballería avanzará entonces. Es lo que estábamos esperando. Ningún regimiento sudista podrá resistir ya el ímpetu de nuestros jinetes. Creo, teniente, que luego de Gettysburg y después de esto la Confederación está perdida.

Los cañones seguían batiendo los barracones de las tropas sudistas. Al fin Forwell vio que los prisioneros lo habían invadido todo y que estaban a punto de ser acribillados también. Fue entonces cuando movió los brazos ordenando alto el fuego.

—¡Que nuestra caballería dé una carga y termine con los que queden vivos! —ordenó en seguida.

Los jinetes bordearon la colina por ambos lados y se lanzaron a un furioso ataque contra los restos del campamento sudista. Eran pocos, pero sabían que no iban a encontrar resistencia. Sus sables de asalto rebrillaban al sol, preparados para la gran carnicería.

Forwell dijo al teniente:

—Haga sobre todo que encuentren a Lester. Tengo que felicitarle personalmente. Y dígale que le he propuesto ya para una condecoración y un ascenso.

—Se lo diré, señor.

—Si está herido haga que le atiendan bien.

—Me ocuparé personalmente de ello.

El teniente descendió de la colina, saltó sobre su caballo y emprendió también el galope hacia el campamento bombardeado.

Desde su posición, Forwell vio cómo sus jinetes machacaban a golpes de sable los cráneos de los últimos soldados sudistas.

Media hora más tarde, el teniente volvió.

—¿Qué sabe de Pat Lester?

—No ha sido posible hallarle, señor.

—¿Por qué? ¿Es que se había fugado?

—El único que ha podido darme noticias de él ha sido un

sargento prisionero llamado Nichols, señor.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que él mismo lo había trasladado al barracón por donde hemos empezado el bombardeo.

—¿Y no ha hallado rastro de él?

—Todo estaba destrozado y ha prendido un incendio, señor. Será preciso hacer una investigación detallada más tarde, pero por el momento no se ve rastro de Lester.

Forwell se acarició la mandíbula.

—Lástima —gruñó—. Era un tipo despreocupado y tranquilo, pero también muy valiente.

Descendió pausadamente la colina, montó en su caballo, que le esperaba junto a los cañones, y añadió:

—Claro que la que más lo sentirá va a ser mi hija. Iba a casarse con él…

CAPÍTULO III

La calle principal de la ciudad estaba siendo recorrida por una larga columna de soldados.

La masa de polvo que levantaban los cascos de los caballos era casi sólida, de tan espesa. A través de ella sólo se distinguían vagamente los uniformes azules y el brillo de los sables. Cuando la columna pasó, aún transcurrieron cinco o diez minutos antes de que empezara a posarse el polvo.

El hombre que había estado quieto en un porche, contemplando la columna, sacó un cigarro de uno de los bolsillos de su chaleco, lo encendió y dio una distraída chupada, como si en vez de un aromático habano estuviese fumando la cola enrollada de un caballo.

Era un tipo alto, fuerte, atractivo, con la tez morena y los cabellos rubios. Iba bien vestido, pero daba la sensación de que le hubiera gustado más ir con una camisa rota.

Había mirado la larga columna de jinetes con cierta nostalgia. Luego se volvió de espaldas a la calle.

—Hace dos meses que terminó la guerra y no hacen más que pasar jinetes por aquí —dijo un viejo que estaba a su lado.

—Sí, es verdad. Esta línea de Nevada y California nunca se había visto tan concurrida por las tropas.

—Pero ahora ya no luchan contra los confederados. Ahora luchan contra los indios.

—Sí, claro.

—Los indios se han alzado en todas partes aprovechando la guerra civil. ¿No lo sabía?

—¿Cómo no? Yo soy la madre de Nube Roja.

El viejo lanzó una carcajada.

—Oiga, qué puro tan estupendo fuma usted.

—¿Quiere uno?

—Hombre, si usted me lo da…

—No se hable más. Aquí lo tiene.

Le entregó un cigarro igual al que él estaba fumando. Incluso se lo encendió y le dio una palmadita en la espalda. Luego entró en una barbería cercana y se sentó en uno de los sillones.

—¿Afeitar?

El barbero estaba con una navaja que parecía haber sido hecha para degollar más que para otra cosa.

—Sí, afeitar solamente.

—¿No se deja bigote?

—No, gracias. No llevo bigote nunca.

Empezó a enjabonarle la cara.

—¿Buscador de oro?

—¿Yo? ¡Qué va!

—Pues casi todo el mundo viene aquí para eso. Dicen que se ha descubierto oro y plata en esta zona de Nevada y oro solamente algo más al Sur, en California. La zona de las Rocosas está llena de gente que sueña con encontrar una mina.

—Yo sólo sueño con un buen vaso de *whisky* y una bailarina.

—Pero con oro puede tener las dos cosas.

—Sí, cuando sea viejo y haya encontrado por fin una mina. No, amigo, no me interesa.

—A eso se llama saber vivir.

—O morir. ¡Quién sabe!

—¿De dónde viene usted?

—De Texas.

—¡Vaya! Entonces habrá tenido muchos jaleos. ¿Se ha visto envuelto en la guerra?

—Para mi desgracia, sí.

—¿Confederado?

—No, de la Unión. Nordista. Hice toda la campaña en Estado Mayor. Un verdadero asco.

—Pero ¿no participó en ninguna batalla?

—Sí, en varias. La última fue fatal.

—¿Qué ocurrió?

—Yo estaba a solas en un departamento muy bien amueblado,

junto con una hermosa mujer que iba a matarme…

—Oiga… ¿eso es una batalla?

—Claro que lo es. Y de las peores. Como le he dicho, la mujer iba a matarme. Me tenía ya encañonado y disparó. En ese momento la artillería nordista, que se había infiltrado por sorpresa, empezó a disparar contra la casa.

—¿Y acertó?

—De lleno.

—Oiga… ¿Esa mujer disparó contra usted y al mismo tiempo le acertaron los cañones nordistas?

—Eso es lo que estoy tratando de explicarle.

—¡Cuerno! ¿Y qué ocurrió?

—Pues lo único que podía ocurrir: ¡que me mataron!

El barbero, sin querer, le produjo un corte en el cuello.

—¿Es que se está riendo de mí? —Gruñó.

Y fue entonces cuando una voz sonó al otro lado de la sala.

—No se ríe.

El barbero y el cliente volvieron el rostro hacia allí. La voz había sonado cerca de la puerta.

Bajo el dintel, un tipo bien vestido, pero con las ropas cubiertas por el polvo de la calle miraba con curiosidad al hombre sentado en el sillón. Y cuando no le cupo duda acerca de su identidad, levantó una mano a manera de saludo.

—Hola, Lester —dijo.

El hombre de tez morena, cabellos rubios y ojos de un extraño color
azul-gris
se puso en pie.

—¡Diablo! ¡Pero si es Nichols!

—No me dirá que he estado afeitando a un muerto —gruñó el de la navaja—. A mí no me gustan esas bromas.

—Pues oficialmente este hombre está muerto —dijo Nichols, señalando a Lester—. Pero por si acaso medio Estado Mayor del ejército unionista le está buscando ahora.

—¿Para qué? ¿Para colgarlo de un árbol?

—¡Qué va! Para ascenderle de grado y colgarle del pecho una condecoración.

Pat se mordió el labio inferior.

—Siéntate, Nichols.

Nichols se sentó.

—¿Quieres fumar?

—Bueno, acepto.

Mientras Pat Lester le encendía el aromático cigarro, el barbero preguntó:

—¿Es que sirvieron los dos en el mismo regimiento?

—De ningún modo. Fuimos enemigos —explicó Nichols—. Yo era sargento en el campo de prisioneros donde estaba este tunante. Y por su culpa nos hizo polvo la artillería cuando creíamos que los nordistas aún estaban lejos.

—No recuerdes cosas tristes, muchacho —susurró Pat—. La guerra ha terminado. Es como si tú y yo nos acabáramos de conocer ahora. ¿Nos emborracharemos juntos esta noche?

—Tenía ganas de que dijeras eso, Pat.

—¿No me guardáis rencor? Fue mi obligación. Un día u otro la artillería os hubiera cazado de todos modos.

—Choca esa mano.

Los dos hombres se estrecharon la diestra, Nichols, que parecía llevar más tiempo en la población, preguntó:

—¿Qué haces tú en esta parte de Nevada?

—Huir.

—¿Huir de qué?

—No lo sé. Tal vez de mis recuerdos, de la condecoración que quieren colgarme al pecho. Lo único que yo quiero en esta vida es estar tranquilo y no tener que preocuparme de nada.

—Pues a mal sitio has venido.

—¿Hay muchos jaleos aquí?

—Todos los que puedas imaginarte. Aquí la gente viene a buscar minas y a asesinar al que las ha encontrado. Yo mismo no tengo más intenciones que ésas.

—¿Buscas oro?

—Como todo el mundo.

—¡Bah! ¡Qué idiotez!

—

Es fácil’ decirlo

cuando se tiene el bolsillo bien lleno.

—¿Lleno? Me quedan solamente veinte dólares. Por cierto si los

quieres son tuyos.

—Siempre serás el mismo —rió Nichols—. Entre los prisioneros lo repartías todo. ¿Es que no vas a cambiar?

—No vale la pena.

—Si no estás alojado aún, vente a vivir conmigo. Yo estoy en un hotel llamado *El Ataúd*. No es caro, y a pesar del nombrecito, se vive bastante bien allí.

—Puede que vaya.

Una pregunta estuvo a punto de surgir de los labios de Pat, pero al fin se dominó y no la formuló.

De repente volvió los ojos hacia la puerta de cristales que daba a la calle y lanzó un respingo.

Pero ¿qué era aquello?

¿Había visto bien?

¿No era Sonia Butterson la que acababa de pasar junto a la puerta?

El dueño de la barbería notó la dirección de su mirada.

—No se moleste en mirarla —dijo desmayadamente—. Lástima de chica. Es ciega.

CAPÍTULO IV

El jinete hizo enfilar a su caballo la abrupta pendiente hacia la ruta de diligencias y cuando estuvo en ella frenó con las riendas el nerviosismo del animal. La bestia y su dueño se hallaban cubiertos de polvo, y todo indicaba que llevaban varias horas de marcha a pleno sol. El caballo estaba cubierto de sudor, y en cuanto al hombre, ese sudor había dejado como unos reguerones en la costra de polvo que cubría su cara.

En efecto, llevaba muchas horas de marcha.

Había salido de su escondrijo de las Rocosas al amanecer, y ahora, cerca del mediodía estaba por fin próximo a su destino. Sabía que en cuanto bordease la primera loma descubriría a la izquierda la población donde estaba el Registro de Minas.

Llevado por la impaciencia, puso nuevamente a galope a su caballo.

Luego temió que quedase reventado por el camino y lo frenó.

El camino aparecía despejado. Sólo a su derecha había unas cuantas rocas como desperdigadas en la llanura. A la izquierda un miserable rancho con una casucha hecha de tablas rotas.

El jinete suspiró satisfecho y pensó que había llegado por fin el momento tan soñado durante años enteros.

Había descubierto una mina, una magnífica mina de oro, e iba a registrarla a su nombre.

Extrajo de uno de los bolsillos superiores de su camisa una bala y la miró a la luz.

Brillaba de una manera extraordinaria.

Porque no era una bala cualquiera. Era una bala de oro.

Aquel hombre la había fundido y pulimentado, ajustándola al calibre 45 de su revólver, con el primer oro extraído de su nueva

mina.

Siempre había soñado con tener una bala de oro fabricada por él mismo. Una tontería, en cierto modo, pero aquello venía a ser un símbolo. Ahora tenía tanto oro que podía permitirse el lujo de dispararlo como si fuera plomo.

Sacó un «Colt», que estaba ya parcialmente descargado, y puso la bala de oro en una de las recámaras.

—Si te estrello contra una roca te vas a hacer papilla —dijo para sí mismo—. No eres tan sólida como una bala de plomo. Pero si penetras bajo la piel, alguien va a maldecir el día que te fabriqué.

De todos modos estaba seguro de que no tendría que disparar aquella bala. A partir de este momento todo sería sencillo. Con los hombres fabulosamente ricos, como él iba a serlo, no se atreve nadie.

Estaba pensando en esto cuando desde las rocas que estaban a su derecha partió una llamarada.

El potro, alcanzado en la cabeza, dio un extraño salto y cayó de golpe sobre sus patas plegadas. El jinete salió despedido por encima de las orejas, pero aún tuvo tiempo para sacar su revólver. Vio a varios tipos —cinco o seis—, armados con rifles, que habían aparecido entre las rocas. Todos estaban a punto de disparar y habían salido de su escondite para alcanzarle mejor. Sus armas vomitaron fuego.

El caído intentó incorporarse de un salto, pero volvió a caer al recibir plomo en una pierna y en la cadera izquierda.

Hizo tres disparos.

Los dos primeros no debieron alcanzar a nadie, porque ninguno de sus enemigos cayó. Pero el tercero hizo tambalearse a una de las figuras, precisamente la que se hallaba en el centro.

El hombre, de rodillas en el suelo, intentó disparar otra vez, pero los proyectiles de «Winchester» le cribaron materialmente. Las balas se empotraron en el suelo, a su alrededor, y penetraron en su cuerpo. Soltó el revólver cuando su corazón pareció estallar a causa de un balazo. De bruces en el suelo, aún intentó recuperar su arma otra vez antes de lanzar el último suspiro.

Sus atacantes eran seis. Cinco de ellos se acercaron con las armas todavía dispuestas. El otro intentó acercarse también, pero dio un traspié y quedó doblado sobre una roca.

Los otros se volvieron.
—¡Maldito sea su recuerdo! ¡Ha alcanzado al jefe!
—¡Mike está herido!
Corrieron hacia la roca donde estaba tendido el sexto pistolero. Éste era joven y de facciones atractivas, con un fino bigote recortado y unos ojos grandes y oscuros. Al caer él, su sombrero blanco había caído también, dejando al descubierto unos ensortijados cabellos negros. Se llevaba la mano izquierda al lado contrario del pecho, donde había aparecido una gran mancha de sangre.
Entre dos de sus compañeros le ayudaron a levantarse.
—¿Ocurre algo grave, Mike?
—Nada. La bala ha penetrado en el costado derecho.
—Desabróchate la camisa.
Mike se la desabrochó.
—Pierdes mucha sangre, pero la herida no es profunda. Hasta aseguraría que veo la base de la bala. Una bala un poco extraña.
—No podemos estar aquí —dijo Mike—. Demasiado cerca de la ciudad. ¿Está Langley bien muerto?
—Acribillado.
—Llevadme a la barraca de Murphy. Está ahí mismo…
Entre dos de sus compañeros le ayudaron a andar hacia la destartalada casucha que había al otro lado del camino. Los otros se acercaron a los cadáveres de Langley y su caballo, aguardando allí.
—Registradlo —ordenó Mike—. Por fuerza ha de llevar ahí los planos de la mina.
Uno de los asesinos extrajo de uno de los bolsillos de la víctima unos cuantos papeles manchados de sangre.
—Sé que no me traicionarás cuando la mina esté inscrita a mi nombre en el Registro.
—No te preocupes ahora de eso, Mike —gruñó uno de los que le sostenían—. Estás perdiendo mucha sangre.
—¡Pues llevadme al rancho de Murphy de una condenada vez!
Ahora le ayudaron todos los forajidos. En volandas lo llevaron hacia la destartalada casa del otro lado del camino. Dieron varios puntapiés a la puerta y la abrieron violentamente.
Dentro había poca luz, pero aún así se distinguían quiénes eran los ocupantes de la casa.

La mujer se movió un poco. El hombre no.

Un hombre y una mujer. Los dos estaban quietos.

Los cinco asesinos entraron llevando a su jefe herido, y uno de ellos cerró de otro puntapié la puerta.

Hecho esto, permanecieron todos unos instantes inmóviles, en silencio, contemplando al viejo Murphy, que estaba quieto en su destartalado catre. Y contemplando, sobre todo, a la mujer que se encontraba junto a él, inmóvil.

Era una mujer de unos veintitrés años, bien vestida, de hermosas y suaves facciones, piel poco castigada por el sol y con todo el aspecto, en fin, de ser una auténtica señorita.

Una de las mujeres más bonitas que se habían visto últimamente en el sur de Nevada.

Aquella mujer no pareció impresionarse en absoluto ante la llegada de los pistoleros.

Diríase que algo mucho más importante y definitivo embargaba su espíritu, impidiéndole prestar atención a la llegada de aquella tropa de asesinos.

Los recién llegados y la mujer se contemplaron en silencio durante unos instantes.

Luego ella se inclinó sobre el anciano que estaba tendido en el lecho y le bajó los párpados.

—El viejo Murphy ha muerto —dijo sencillamente.

Mike, el herido, hizo un gesto brusco para desasirse de sus compañeros y se acercó a ella.

—¿Qué haces tú aquí, Elisa?

Ella señaló con la mirada el pequeño maletín lleno de instrumental médico que había a los pies de la cama.

—No deberías ignorar que soy la única persona que entiende algo de medicina por estos contornos.

—Yo no he olvidado nunca nada tuyo, Elisa.

Los negros ojos de Mike estaban clavados en la figura de la mujer. Ella pareció salir entonces de su abstracción. Se fijó en la mancha roja que llenaba toda una parte del pecho del hombre.

—Mike… ¡Cielo santo! ¿Qué ha ocurrido?

—No dirás que no has oído unos disparos junto a la casa.

—Sí, cuando estaba intentando salvar al viejo Murphy. Pero ¿qué ha pasado?

Morton, el pistolero que llevaba los planos de la mina, gruñó:

—Mala cosa que una mujer lo sepa todo, jefe. Dentro de dos días no quedará en el territorio habitante que no lo sepa también.

—¿Es que… habéis matado a alguien? —musitó Elisa.

—¡Déjate de tonterías y cúrame!

Los labios de la mujer temblaban. Miraba con angustia la amplia mancha roja que había en el pecho de Mike.

—Creo que te curaré, Mike. Claro que sí… Ha sido el destino el que nos ha unido otra vez.

—Sólo hace una semana que nos vimos.

—Pero creí que te había perdido para siempre.

—Tonterías. Nunca abandono a una mujer que me interesa.

—¿Y… yo te intereso, Mike?

Él, con el brazo izquierdo, la atrajo rudamente hacia sí, la abrazó y la besó. Al soltarla, el blanco vestido de la mujer estaba también empapado de sangre.

—Mike, no debías haber hecho eso… delante de tantos hombres —susurró ella, ahogándose.

—¿Por qué no, si lo hemos hecho tantas veces a solas?

—No es lo mismo.

—Déjate de tonterías ahora. ¡Y cúrame esto de una condenada vez!

Se dejó caer sobre la única silla que había en la habitación. Ella se inclinó sobre él, le recortó con unas tijeras un pedazo de la camisa y examinó la herida superficialmente.

—No es grave. Te la limpiaré y luego trataré de sacarte la bala.

—Pues no pierdas tiempo.

Elisa dio unas cuantas órdenes a los pistoleros:

—Ahí tienen agua limpia. Acérquenmela junto con esos paños que hay en mi maletín. Y alcohol. ¡Ah! Pongan también estas tenacillas al rojo entre las brasas de la chimenea.

Limpió bien la herida, y, en cuanto pudo ver con claridad el orificio, repitió que la lesión tenía poca importancia.

—Es raro. La bala ha penetrado muy poco bajo la piel. Te la podré extraer fácilmente.

Mike se volvió hacia uno de sus hombres.

—Dame un trago de ron.

Bebió un par de sorbos de una botella chata que le tendieron. Se

puso luego un pañuelo en la boca y lo mordió con todas sus fuerzas cuando las tenacillas al rojo vivo penetraron en su carne.

Elisa extrajo la bala.

La limpió en un cubo de agua, sin soltarla de las tenacillas, y entonces sus ojos sufrieron como una sacudida al mirarla.

—¡Dios mío! ¡Si parece increíble! ¡Es una bala de oro!

—¿Una bala… de qué?

—De oro.

—¿Estaría loco ese maldito de Langley?

Mike tomó entre sus dedos el proyectil, ligeramente abollado en la punta, lo contempló largo rato y por fin terminó guardándolo en uno de los bolsillos de su camisa.

—Una bala de oro siempre tiene que dar buena suerte. Muchachos, ayudad a esta preciosidad a vendarme la herida.

Le habían quitado ya la camisa, quedando al descubierto su tórax musculado y poderoso. Elisa, con unas gasas, y ayudada por los pistoleros, vendó completamente el pecho del herido, dejándolo incluso en condiciones de andar.

—La brecha del balazo ya está taponada —dijo—. Puedes montar a caballo y regresar a la ciudad, aunque tendrás que estar un par de días en cama, porque luego sufrirás un acceso de fiebre.

—¿Y adonde irás tú?

—Yo estoy a unas quince millas de aquí en los acuartelamientos, junto con mi padre.

—La semana pasada estabas en la ciudad.

—Pero ahora mi padre ha decidido trasladarme allí. Dice que la vida en un pueblo infestado de pistoleros no me conviene.

Mike lanzó una carcajada.

—¿Lo dice por mí?

—Parece mentira que puedas bromear con esas cosas, Mike. Demasiado sabes las veces que he intentado presentarte a mi padre y obligarle a que cambiara de intención y prestara su consentimiento a nuestra boda. Pero tú nunca has llegado a conocerle. Y el resultado es que él ignora lo nuestro y no hemos adelantado un solo paso.

Sonrió tristemente, sin mirarle.

—Lo único que tiene de bueno esta situación es que al hablar de pistoleros, mi padre nunca se refiere a ti.

—¿Y vas a volver ahora a los acuartelamientos?

—Sí.

—¿Visitas a todos los enfermos que te llaman?

—Lo procuro. El viejo Murphy me envió recado por medio de un chiquillo que hizo a pie las quince millas. Yo no podía faltar.

—Muy conmovedor.

—¿Por qué lo dices en ese tono, Mike? ¿Qué te ocurre hoy? ¿Es que… ha cambiado algo entre nosotros?

—No. ¡Qué va a cambiar! Lo único que ocurre es que no me gusta que tu padre, el coronel Golwer, conozca mis actividades, Elisa.

—Yo no le diría nada, Mike. ¡Cielos! ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Es que has llegado a creer que no te amo?

—Yo no creo nada, Elisa. Me aseguro.

—¡Mike!

Él, sin dejar de sonreír, había extraído su revólver derecho.

—Mike…, ¿qué… qué vas a hacer?

—Ya empiezo a estar cansado de ti, Elisa, de tu manera pegajosa de, seguirme, de tus palabras que siempre destilan amor… Nunca he podido ser fiel a una mujer más de diez días seguidos y tú deberías saberlo. Por eso he resuelto acabar, Elisa.

Ella retrocedió un paso, temblorosos sus labios, como si no comprendiera aún.

—Pero, Mike… ¡Yo te quiero!

—¿Es eso lo único que sabes decir?

—Te he dado… todo lo que me has pedido.

—Precisamente por eso tengo más motivos para estar completamente aburrido de ti.

Ella, asombrada, sin creer aún que todo aquello pudiera ser cierto, cayó de rodillas.

—Mike, ahí hay un muerto. Si tienes un mínimo de respeto, si aún eres un ser humano…, ¡no puedes hacer eso! ¡No puedes disparar!

Él hizo un sonido desdeñoso con los labios.

—Ya me has dado todo lo que yo quería de ti, Elisa. Me aburres.

Levantó un poco el revólver y apretó el gatillo.

La detonación se multiplicó por cien en la pequeña estancia, que en seguida se llenó del olor acre de la pólvora. Elisa, con los ojos

muy abiertos, las facciones todavía desencajadas por el asombro, cayó hacia atrás llevándose las manos al pecho.

Mike se puso en pie.

—¿La dejamos aquí, jefe? —preguntó uno de los pistoleros.

Mike palpó su bala de oro.

—Claro que sí. Junto con su paciente, para que hagan juntos el gran viaje. Todo ha salido bien esta mañana. ¡Cuerno! ¿Será cierto que una bala de oro trae suerte?

CAPÍTULO V

Pat no sabía lo que le ocurría. Por primera vez en su vida se encontraba abrumado por un suceso que era superior a él.

Hasta entonces, Pat se había burlado de todo y de todos, empezando por burlarse de su propio destino. Ahora, al fin, había tropezado con algo de lo que no podía burlarse.

Una mujer ciega.

Pat hizo aún más desenfrenado el galope de su caballo, que parecía volar por la llanura en dirección a la línea azul de las montañas Rocosas.

Al fin temió que el animal fuese a caer reventado y tiró algo de las riendas, dejando que por sí mismo el corcel fuera aflojando poco a poco la marcha.

Nichols pudo alcanzarle entonces.

Estaba sudando.

—¡Diablos, Pat! ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada.

—Has salido de la barbería disparado para ver a aquella chica y, al no encontrarla, has montado a caballo y te has puesto a galopar como un loco.

Los dos corceles se detuvieron. Pat repitió:

—No me sucede nada.

—¿Es que no sabías que Sonia Butterson estaba aquí? —preguntó Nichols.

—No.

—Era una de las muchas cosas que tenía que explicarte, pero no me has dado tiempo.

—Comprendo. Lo de Sonia es una cosa que no se puede decir así como así, sin prepararle a uno.

—Te lo hubiese contado luego en un *saloon* y con una buena botella de *whisky* entre los dos.

—Claro.

—¡Demonios, Pat, no hables así! ¡Cualquiera diría que te han cambiado!

Él alzó la cabeza para mirarle fijamente.

—¿Desde cuándo está Sonia aquí?

—Desde hace dos meses.

—¿Cuándo quedó ciega?

—Pues… en aquel bombardeo de la artillería.

Pat desvió la mirada.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Nichols—. Ésa es una de las mil cosas de las que tenemos que hablar.

—Cuando empezó aquel bombardeo de la artillería —dijo Pat en voz baja—, ella iba a disparar sobre mí.

—¿Crees que lo habría hecho?

—No lo sé. Sonia era una de esas mujeres apasionadas y vehementes que son capaces de cualquier cosa. Pero no puedo decir si al fin se hubiese atrevido a disparar.

—Continúa. ¿Qué sucedió al estallar la primera granada en el pabellón donde estabais?

—Las dos primeras granadas no estallaron en el pabellón, sino a muy poca distancia. Yo entonces di un empujón a Sonia y la arrojé a un rincón, pensando que allí no correría peligro. Fue en ese momento cuando el primer obús cayó en la casa. Fui lanzado a gran distancia y noté que la sangre empapaba mi uniforme. Otra segunda granada hizo que una de las vigas cayese sobre mi cabeza. Perdí el conocimiento y ya no recuerdo absolutamente nada más.

—Nosotros, entretanto, éramos perseguidos a sablazos por los de la Caballería. ¿Quién te recogió?

—Me atendieron los primeros nordistas que entraron a pie en el campamento. Yo estaba gravemente herido.

—¿Preguntaste por Sonia?

—Cuando estuve en condiciones de preguntar algo, habían transcurrido ya dos horas desde el ataque. Me dijeron que la hija del coronel Butterson estaba bien.

—¿Crees que te mintieron?

—No, porque de haber estado gravemente herida, habría

permanecido en la enfermería que en seguida instalaron, y en cambio salió por su propio pie del campamento destruido. Pudo quedar ciega a consecuencia de aquello, pero más tarde. Un desprendimiento de retina o algo semejante. Lo cierto es que entonces yo no podía sospecharlo.

—¿Estabas interesado por ella?

Pat Lester hizo un chasquido con los labios. En los ojos se le notaba que había recobrado en parte su habitual buen humor.

—¿Interesarme yo por una mujer? Ni soñarlo. Quiero ser libre y no tener preocupaciones. Libre hasta que me muera…

Hizo dar vuelta a su caballo y lo puso nuevamente de cara a la ciudad.

—¿Qué ocurrió con el coronel Butterson? —preguntó luego.

—Murió.

—¿De qué modo?

—De la forma más sencilla: el cráneo abierto en dos por un sablazo nordista.

—Y ella, ¿con quién está ahora?

—Vive sola.

—No es posible…

—Lo es. Ocupa una casucha destartalada cerca de un establecimiento adonde van a comprar sus provisiones los buscadores de oro. Todos la favorecen con algo, y además, ella gana algunas monedas lavando ropa en el riachuelo que pasa a unas yardas de allí.

Pat se mordió el labio inferior.

—No es posible. La orgullosa hija del coronel Butterson…

—El destino tiene esas bromas, hijo.

—Pero estando ciega, ella no puede hacer ningún trabajo. Ni siquiera lavar ropa. Corre el peligro de caer al riachuelo y ahogarse. Además, ¿cómo puede saber si la ropa está limpia?

—Se asegura repasándola cuatro o cinco veces. Y verdaderamente no le falta trabajo. Todos aseguran que es la mejor lavandera que hay por estos contornos.

—¡Sonia Butterson convertida en una lavandera!

Nichols repitió:

—El destino tiene condenadas bromas…

—Pero la he visto sola en la ciudad. ¿Cómo puede andar por ahí,

sin ayuda de nadie?

—Va siempre por el mismo camino, y como casi todo el mundo la conoce, la ayudan si está a punto de tropezar.

—Creo que mi obligación es ayudarla —dijo Pat—. ¿Por dónde se llega a su vivienda?

—No tienes más que torcer a la izquierda por la calle principal, casi enfrente de nuestro local. Verás a poca distancia un descampado, y más allá unas casuchas donde habitan unos cuantos buscadores de minas.

—Iré.

—¿Qué te parecería si ahora volviéramos a la ciudad?

—Volvamos.

Emprendieron el regreso.

—¿Qué has venido exactamente a hacer aquí? —preguntó Nichols.

—Ya te lo he dicho antes. Quiero olvidar y estar tranquilo en un sitio donde haya libertad.

—¿Pediste la baja en el ejército?

—Apenas terminó la guerra.

—Pero parece que aun así te buscan para condecorarte.

—¡Que se vayan al infierno!

—Mal sitio has escogido, si lo que quieres es estar tranquilo. Vienen muchas tropas aquí con motivo de las rebeliones indias, y no sería de extrañar que encontrases a antiguos compañeros de armas.

—Es que no voy a estarme aquí. Me largaré a cualquier escondrijo de las Rocosas o viajaré hasta Oregón, y quién sabe si hasta el estado de Washington… Y puede que en Seattle o cualquier otro sitio tome un barco y me largue a Oriente. ¿No salen de allí cada día barcos rusos y japoneses de los que hacen las rutas de Asia?

—Sí.

—Pues puede que ése sea mi destino.

—No tomarás nada en serio jamás, ¿eh?

—La vida no merece tomarse en serio. Hoy vivimos y mañana, ¡*plaf*!, ya no vivimos en ninguna parte. Cuanto más te preocupas por una cosa, peor. Lo que hay que hacer es estar siempre alegre.

—Sé que no te largarás —dijo Nichols, después de unos instantes

de reflexión—. Tú eres un hombre del Oeste, y esto te llama. Las viejas rutas de diligencias son como una segunda patria para ti.

—¡Bah!

—Desviémonos hacia la derecha y te enseñaré una de las rutas más antiguas que existen en este territorio.

Se desviaron.

El camino era liso y bueno. Todo el horizonte aparecía despejado. Llegaron así al último recodo antes de alcanzar la ciudad.

Pat detuvo su caballo.

—¡Mira allí!

A la izquierda de una pequeña colina rocosa y a la derecha de una casucha destartalada, había un hombre y un caballo muertos.

Los dos jinetes se acercaron a aquel lugar. Desmontaron y se aproximaron a los cadáveres.

Debía hacer ya algún rato que estaban allí, porque varios buitres revoloteaban sobre sus cabezas.

—Al caballo lo han matado de un balazo a la cabeza, seguramente para dejar indefenso al jinete —dijo Pat—. En cuanto a este hombre, lo han acribillado a balazos.

—¿Lo conocías?

—No, pero tiene todo el aspecto de uno de esos buscadores de oro que se pasan la mayor parte del año en las montañas Rocosas.

—Lo han acribillado con balas de rifle. Mira, aquí hay unas huellas de sangre que parten de esa colina rocosa y van hasta aquella casucha que se ve al fondo.

—Alguno de los asesinos está herido.

Se pusieron en pie y echaron a andar hacia la casa destartalada.

Pat, con el revólver dispuesto, abrió la puerta de un puntapié y se pegó inmediatamente a un costado por si había allí algún enemigo aguardándoles.

Pero no corrían ningún peligro.

Porque los muertos no matan.

Dentro de la cabaña, en un catre que parecía fuese a hundirse, había un hombre muerto, al parecer, de muerte natural. Casi a los pies de la cama se hallaba una muchacha con el blanco vestido empapado en sangre.

Pat le hizo dar media vuelta sobre el suelo y le aplicó

inmediatamente el oído al pecho.

—Creí al principio que estaba muerta —dijo—, pero su corazón aún late. ¿Entiendes tú de heridas, Nichols?

—Durante la guerra he arrancado balas incluso con los dientes.

Con mucho cuidado tendieron completamente a la muchacha en el suelo. En la chimenea aún había fuego y unos cuantos calderos de agua hervida. Tomando gasas de un maletín de médico que había junto a la cama, Pat limpió la herida de aquella mujer a la que no había visto nunca, y una vez tuvo claramente ante los ojos el orificio de la bala, indicó a Nichols que le tendiera las tenacillas que éste había puesto previamente entre las brasas, hasta dejarlas al rojo.

Pat susurró:

—La bala está muy cerca del corazón, aunque si la extraemos, todo acabará con una fuerte hemorragia. Mantén tú abierta la herida, Nichols, mientras yo lo intento.

Introdujo en el orificio las tenacillas, produciéndose inmediatamente un fuerte olor a carne quemada.

La muchacha abrió entonces los ojos.

Lanzó un grito de dolor, miró fijamente a Pat y luego volvió a perder el sentido.

Pat había sujetado ya la base de la bala.

Sudaba.

Concentró toda su atención en aquel movimiento, tiró con suavidad y la bala salió prendida a las tenacillas.

Inmediatamente empezó a brotar sangre y los dos hombres tuvieron que preocuparse de cortar la hemorragia. Lo consiguieron después de poner a contribución todo lo que sabían.

—Hay que trasladar a esta muchacha a algún sitio donde puedan atenderla —dijo Pat—. Por el momento se ha salvado, pero ha perdido mucha sangre. Y puede haber infección.

—¿Te has dado cuenta de la postura en que se encontraba? —preguntó Nichols.

—No. ¿Por qué?

—Para mí que le han disparado mientras estaba de rodillas, y la han dejado creyendo que estaba muerta. El tipo que ha hecho eso merece la horca, y si de mí depende, la tendrá.

—¡Bah, no te preocupes!

—¿Es que no vas a tomarte nada en serio?

—Si damos con ese tipo, lo colgaremos del árbol más alto que haya en esta región, pero eso sí, sin enfadarse.

—¡Eres el tipo más extraño con que me he encontrado en mi vida, Pat! ¡Que el diablo te lleve con él!

En aquel momento la puerta se abrió de golpe y dos hombres armados con revólveres aparecieron en el umbral.

Ni Pat ni Nichols, pese a ser consumados tiradores, habrían tenido tiempo para defenderse.

Pero se tranquilizaron al ver que los dos aparecidos llevaban sobre sus camisas estrellas de comisarios.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó uno de ellos—. ¿Qué significa ese muerto que hay en la ruta?

—Es lo mismo que antes nos hemos preguntado nosotros —dijo Pat.

Uno de los comisarios debía conocer a Nichols y tenerle en buen concepto. Guardó el revólver lentamente.

—¿Qué ha sucedido, Nichols? —preguntó—. ¿Quién es este pistolero que te acompaña?

—No es un pistolero.

—Pues tiene toda la pinta.

Pat contestó por él:

—Nos dirigíamos hacia la ciudad cuando nos ha extrañado ver ese cadáver ahí fuera y huellas de sangre que llevaban hasta esta casa. Ahí, en la cama, estaba ese fulano que parece haber muerto sin ayuda de nadie. Y la muchacha, herida, se hallaba en el centro de la habitación. No sé cómo no se ha desangrado en tanto tiempo.

—¿Le han extraído la bala?

—Aquí está.

Uno de los comisarios la examinó.

—Una del calibre cuarenta y cinco, como tantas y tantas otras. Será imposible encontrar una pista por ahí. Pero lo más importante ahora es trasladar a la muchacha a algún sitio donde puedan atenderla. A su casa mejor.

—¿Vive aquí?

—A cinco o seis millas, en unos acuartelamientos de tropas, donde se está construyendo un fortín. Es hija de un militar, y como tiene conocimientos de medicina, acude a visitar enfermos cuando

la llaman. Debía estar al cuidado del viejo Murphy.

Y señaló con el mentón al muerto.

—Yo mismo la llevaré a esos acuartelamientos sin perder tiempo —se ofreció Pat.

—Gracias. Y mientras tanto, nosotros enterraremos a los muertos. Luego iremos a dar cuenta al *sheriff* de lo sucedido, para que inicie las investigaciones. Los asesinos no pueden estar lejos. Hay cerca de aquí numerosas huellas que se dirigen a la ciudad.

Pat tomó en sus brazos, delicadamente, el cuerpo de la muchacha, y ayudado por Nichols la dobló sobre su caballo montando él también. Nichols montó después en su corcel.

—¿Por qué vas allí? —preguntó—. ¿No sabes que puedes encontrarte con algún antiguo compañero?

—Es algo que no puedo evitar —dijo Pat, con expresión lejana —. Hace ya demasiado tiempo que no veo los viejos banderines de la caballería. Dejaré a esta muchacha allí y me largaré. No voy a estar ni cinco minutos.

—Huyes sin necesidad.

—Porque quiero que me dejen tranquilo.

Llevaban ya un buen rato de marcha, a poca velocidad para que la herida no sufriese, cuando oyeron el ruido de alguien que galopaba furiosamente tras ellos.

Se volvieron para distinguir a uno de los comisarios.

—¿Qué ocurre?

—Hemos terminado ya de enterrar a los muertos —dijo el comisario, jadeando—, y he venido a galope para acompañarles. Será mucho mejor así. Tengo que declarar que el muerto de la ruta estaba ya casi frío y que, en cambio, las huellas que han dejado sus caballos se hallaban muy frescas, lo que indica que acababan de llegar. He de declarar también que ustedes no tienen culpa en lo sucedido y que, por el contrario, han ayudado a la muchacha.

—No queremos ninguna medalla —dijo Pat.

—Pero así evitaremos que les hagan preguntas inútiles.

Llegaron a los acuartelamientos.

Éstos consistían en una serie de cuadras para los caballos y barracones provisionales para los hombres, alrededor de los cuales docenas de soldados estaban levantando la empalizada de un fortín.

—No hay apenas ataques indios por esta zona —explicó el

comisario—, pero hacía falta un punto de apoyo cerca de las montañas Rocosas.

Pat vio uno de los viejos banderines de la caballería, con la enseña de los sables cruzados, y maquinalmente se llevó la derecha al ala del sombrero, saludando.

Llegaron ante la enfermería, observados curiosamente por los soldados que trabajaban en la empalizada. Nadie receló al ver que uno de los visitantes lucía una estrella de comisario. Ante la puerta de la enfermería, un sargento ayudó a descargar a la muchacha.

—¡Diablos! —Gruñó al verle la cara—. ¡Pero si es nada menos que la hija del coronel!

—Nunca sabe uno dónde se mete —gruñó Pat para sí mismo. Y luego en voz más alta—: Ayúdeme a instalarla y llame en seguida al médico. Ha perdido una barbaridad de sangre.

Entre todos entraron a la muchacha en una habitación individual de la enfermería.

Lina vez la hubieron instalado, preguntó Pat, movido por una curiosidad de antiguo soldado:

—¿Qué coronel manda aquí?

—El coronel Golwer, ascendido al fin de la guerra.

Pat lanzó un respingo y miró a la mujer, que continuaba sin sentido en el lecho.

¡De modo que aquélla era Elisa Golwer, la mujer con la que tiempo atrás había prometido casarse!

CAPÍTULO VI

—¡Vámonos de aquí!

Nichols abrió mucho la boca.

—Pero ¿qué te ocurre, muchacho?

—¡Nada! ¡Por todos los infiernos! ¡Larguémonos en seguida!

El comisario se encogió de hombros.

—Si tanta prisa tiene, vámonos. Por mi parte prefiero estar en la ciudad cuanto antes, para ver al *sheriff*.

Miró al sargento.

—¿Necesita algo de nosotros?

—No. La herida tendrá todo lo que haga falta. Pero ¿por qué no se quedan? El coronel tendrá mucho gusto en hablar con ustedes…

—Eso es precisamente lo que no deseo —gruñó Pat—. ¿Sabes? Me estoy volviendo mudo y cada vez me cuesta más hablar. De modo que ahueco el ala.

Salió rápidamente, seguido por Nichols y el comisario, y los tres saltaron sobre las sillas.

Un minuto después habían salido del acuartelamiento y galopaban por la llanura.

—Pero ¿puede saberse qué te ocurre? —preguntó Nichols.

—Yo estuve a punto de casarme con esa mujer.

—¡Pero si no la conocías!

—No la había visto jamás.

—¿E ibas a casarte con ella?

—Yo era el hombre de confianza de su padre, el entonces comandante Golwer. Siempre decía que yo era un excelente oficial y no sé cuántas zarandajas más. Solíamos emborracharnos juntos y un día me pidió que entrase a formar parte de su familia. Él tenía una hija que era una preciosidad, un bombón, y no sé cuántas cosas

más. Y me juró por todos sus difuntos que no la dejaría casarse si no era conmigo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me dio pena la chica. No sé por qué, pero me dio pena. Su padre era bastante bruto, y la imaginé pasando toda la vida junto a él. Fue entonces cuando le prometí que la haría mi esposa.

—¡Vaya! ¡El que no quería tener líos!

—Entonces no pensé en eso.

—De modo que eras un sentimental.

—¡Cuerno! De ningún modo. Lo único que pasó era que no había quien aguantase junto a Golwer toda una vida, y por eso la chica me dio lástima y prometí que me casaría con ella. Pero no la conocía. Yo sólo sabía que era guapa porque lo había dicho su padre.

—Pues en eso Golwer no mintió —dijo Nichols—. La chica es un monumento. Al tipo que la hirió deberían colgarle sólo por eso.

—No te preocupes; lo colgaremos.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Largarme cuanto antes de aquí.

—Pues date prisa. Golwer querrá saber dos cosas: primero quién ha pretendido asesinar a su hija, para colgarlo por los pies y matarlo a latigazos. Segundo, quién le ha salvado la vida, para colocarle una medalla. No sé cuál de las dos cosas es peor.

—Me largaré ahora mismo.

—¿Sin ver a Sonia?

Pat se mordió el labio inferior.

—No puedo dejarla así. Tengo que hacer algo por ella.

—Dudo que puedas devolverle la vista.

—Pero al menos intentaré que la vea un buen médico. ¿Se pueden poner telegramas desde este condenado pueblo?

—Sí.

—Pondré uno dirigido a Carson City. Hay allí un cirujano que ha realizado milagros con lesiones de los ojos.

—Dudo que consiga nada.

—Pero al menos debo intentarlo. Una muchacha tan bonita como ella, y además ciega, corre aquí innumerables peligros.

—No hace falta que lo digas.

—Además, me he fijado en una cosa.

—¿En qué?

—Esta condenada ciudad se halla compuesta casi exclusivamente por hombres. Apenas hay mujeres.

—¡Explícamelo a mí! ¡Hace lo menos dos meses que no veo unas faldas que se muevan bien!

—En estas condiciones cualquiera podía hacer a Sonia objeto de una canallada.

—Aquí vienen todos los sin ley del Oeste —dijo Nichols, mientras le brillaban los ojos—, pero no creo que haya entre ellos uno lo bastante canallada como para hacer eso.

—Por si acaso, intentaré que Sonia esté en condiciones de defenderse.

Llegaban ya a la vista de la población. Y distinguieron entonces dos jinetes que les salían al paso.

Los dos iban bien vestidos, pero uno sobre todo llevaba ropas ostentosas y de la mejor calidad. Su silla estaba adornada con relieves de plata. Llevaba un solo revólver, mientras que el tipo que iba tras él llevaba dos y un cuchillo. Tenía aspecto de guardaespaldas.

—¡Vaya! —dijo el comisario, deteniendo su caballo—. ¡Ya tenemos aquí al banquero Murray!

Pat y Nichols detuvieron también el trote de sus monturas, al igual que los recién venidos.

Murray, que era el mejor vestido de los dos, y debía tener unos treinta y cinco años, hizo un saludo llevándose la derecha al ala del sombrero, y miró luego al comisario.

—Le buscaba, Jagan.

—¿Por lo del robo en su Banco?

—Sí.

—No he visto al *sheriff* desde hace tres o cuatro horas. Al separarnos esta mañana aún no había averiguado nada.

—Pero me ha dicho que usted estaba encargado del caso.

—Así es. Y esta mañana me hallaba siguiendo un rastro sospechoso con mi compañero Wilburn, cuando hemos descubierto un asesinato.

—Eso hará que lo del robo en mi Banco pase a segundo término, ¿no?

—Pondremos la mejor voluntad, pero, como es natural, un

asesinato es antes que un robo. Sobre todo teniendo en cuenta que a usted sólo le sacaron cinco mil dólares.

—¿Le parece poco? Mi Banco no es el mayor de este territorio ni mucho menos. Necesito recuperarlos.

—Ya le he dicho que pondremos la mejor voluntad. Y no me extrañaría que el autor del asesinato que hemos descubierto fuese el mismo que robó en su Banco.

—Espero que descubran algo, Jagan. De otro modo tendría que solicitar los servicios de un detective de la *Agencia Pinkerton*. Se cometen demasiados robos por aquí.

Llevó otra vez la derecha al ala de su sombrero, a manera de saludo, y regresó a la ciudad por otro camino, seguido de su guardaespaldas.

Jagan, el comisario, pareció verdaderamente preocupado después de aquel encuentro.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Pat.

—Con las otras preocupaciones ya no me acordaba de ese robo. Y la verdad es que el *sheriff* tendrá que resolverlo pronto, porque de lo contrario él y todos nosotros vamos a saltar en las próximas elecciones. Murray empieza a ser un hombre de influencia en este territorio.

—Haga caso de mi consejo y no se inquiete por nada —rió Pat —. ¡Al diablo los problemas!

—Pues me parece que los problemas van a ser grandes por aquí —dijo pensativamente el comisario.

Entraron en la ciudad por la calle principal y se detuvieron ante el hotel *El Ataúd*, cuyo porche estaba lleno de gente a aquella hora.

—Elisa Golwer vio sin duda al hombre que disparó contra ella —dijo Pat antes de despedirse del comisario—. ¿Por qué no se acerca mañana por allí y ve si está en condiciones de hablar? Puede que le diga cosas interesantes.

—Lo haré. ¿Querrá venir usted?

—Dios me libre…

Hizo un saludo con el brazo y desmontó en compañía de Nichols, mientras el otro se alejaba.

Entraron en el hotel, se asearon, comieron, y luego Pat ofreció un cigarro a Nichols.

—Te veo nervioso —dijo éste—. Tú, que siempre te las estás

dando de ser un hombre tranquilo…

—Es por esa muchacha, por Sonia.

—No te preocupes de ese modo. Lleva ya bastante tiempo por aquí.

—Pues temo que pueda ocurrirle algo. Y en cierto modo, yo fui responsable de aquel ataque de la artillería.

—Ella era entonces una enemiga.

—Las mujeres nunca son enemigas.

—¿Te consideras obligado a ella?

—Así es.

—¿Y qué piensas hacer?

—Posiblemente traerla a vivir aquí y pagar su pensión adelantada para todo el tiempo que pueda.

—Pero eso te obligará a quedarte a trabajar aquí durante un tiempo, para ganar unos cuantos dólares. Supongo que no tienes dinero, y yo no puedo prestártelo tampoco.

Pat reflexionó.

Y al fin lanzó una carcajada.

—¡Asaltaré el Banco de Murray! —rió, mientras se ponía en pie.

Nichols le vio alejarse mientras susurraba:

—A este tipo le clavarán cualquier día una bala en el corazón y ni siquiera eso se lo va a tomar en serio.

Pat salió a la calle, fue en busca de su caballo a la cuadra del hotel y después de convencerse de que el animal había comido y bebido, le puso la silla y montó en él, saliendo de la población.

Siguió las indicaciones de Nichols para encontrar el lugar donde vivía Sonia.

Un descampado. Más allá, la línea de un delgado riachuelo y junto a él unas casas destartaladas, casi unas chozas.

Antes de llegar allí, Pat vio ya a Sonia Butterson.

La muchacha había salido de la más destartalada de todas aquellas chozas y caminaba en dirección al riachuelo, cargada con un enorme fardo que debía estar lleno de ropa.

Pat descabalgó, dejó que su corcel paciera en las zonas de hierba cercanas al riachuelo y se aproximó a la muchacha.

—¿Me permite?

Intentó ayudarla a llevar el fardo. Ella hizo un gesto instintivo de retroceso, mientras volvía hacia él sus ojos sin vida. Pat tuvo un

estremecimiento al verlos.

Ella tenía aún aquel busto palpitante. Aquella figura de diabólica perfección. ¡Pero sus ojos! Aquellos ojos quietos y muertos, que miraban sin ver…

—¿Quién es usted? —preguntó Sonia.

—Sólo un amigo.

—No tengo amigos.

—¿Ni siquiera personas que la ayudan?

—Las únicas personas que me ayudan son las que viven en estos contornos. Y usted no es de aquí. No conozco su voz.

—Cierto. Acabo de llegar a la ciudad.

—Pues no pierda el tiempo hablando con una pobre ciega. En la ciudad hay mujeres mucho más interesantes.

—No lo dudo. Y además, no sabía que fuera usted ciega —mintió—. La he visto muy cargada y he pretendido ayudarla. ¿Hay algo de malo en ello?

—¿Hubiese hecho lo mismo por un hombre?

—No es la primera vez que llevo la carga de un niño o de un viejo.

Esto era cierto. Pat no podía consentir que una persona débil fuese cargada teniendo él las manos libres.

—Está bien —dijo ella, notando su acento de sinceridad—. Ayúdeme si eso le hace feliz.

Él tomó el fardo y caminó junto a Sonia hasta llegar junto a las limpias aguas del riachuelo.

Intentó fingirse un completo desconocido.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Sonia Butterson.

—Sonia Butterson… Yo conocí a alguien que se llamaba así. Creo que fue durante la guerra…

—¿En qué lugar?

—En Texas.

—Entonces es posible que tuviera algo que ver conmigo. Yo soy hija de un coronel sudista.

Pat chasqueó los dedos.

—¡Claro! ¡El coronel Butterson! ¡Tenía a su cargo la construcción de un ferrocarril militar en Texas! ¡Ahora lo recuerdo!

—¿Cómo le conoció usted?

—Pues… Yo era un comerciante de los que suministraban víveres al campamento. ¿Vivía usted allí?

—Sí.

—Es extraño que no la viera nunca.

—Estaba alejada de los militares todo lo posible.

—Comprendo. ¿Cómo… ocurrió lo de su ceguera?

—Fue obra de un canalla.

Pat se estremeció.

Pero intentó que su voz fuera la más natural y espontánea del mundo cuando dijo:

—¿Quiere decir que hubo alguien lo bastante desalmado para dejarla ciega a propósito?

—No es exactamente eso.

—Pues no la entiendo.

—Uno de los prisioneros tenía por misión dar cuenta a los nordistas de los movimientos de tropas del Sur por aquella zona. Lo conseguía encendiendo hogueras en lugares elevados, en según qué días y a determinadas horas. Él fue quien señaló a un grupo de artillería nordista, que se había infiltrado, el momento en que tenía que empezar a disparar para sembrar el pánico entre las tropas sudistas. No hace falta decir que ese hombre se había dejado capturar prisionero a propósito.

—Entonces no hizo más que cumplir con su deber —dijo Pat sin mirarla, como si ella pudiera acusarle con los ojos.

—No me gusta la gente que no lucha cara a cara —dijo Sonia.

—Pero a algunos oficiales se les entrenó especialmente para esa clase de lucha. Precisamente sus misiones eran las más peligrosas. Y los del Sur también contaban con gente así en sus filas.

—Lo sé. No me gustaban los de un bando ni los del otro.

—¡Vaya! Lo lamento por ese hombre.

—Espero que haya muerto.

—Él arriesgaría su vida también, claro.

—Todo estaba bien calculado. En el momento del bombardeo él debería encontrarse con los demás prisioneros, sobre cuyos barracones no tirarían los artilleros. Todas las restantes personas que había en el campamento estaban condenadas a morir. Pero quiso la casualidad que él estuviese conmigo cuando los artilleros empezaron a disparar.

—¿Y fue entonces cuando quedó usted ciega?

—Poco después.

—¿Y él murió?

—Lo supongo, porque cuando me sacaron a mí, él no había aparecido aún entre los restos.

—En tal caso, no guarde rencor a un muerto.

—Sé que soy cruel, pero no puedo evitarlo.

—Comprenda que en la guerra no se podía elegir, y que todos los hombres, unos más y otros menos, nos habíamos convertido en fieras.

—Lo sé, pero no puedo olvidar aquello…

—¿Qué haría si tuviese a aquel hombre delante?

—Es posible que disparase contra él.

Un rictus de amargura se dibujó en los labios de Pat. Ella, naturalmente, no llegó a darse cuenta de eso.

—¿Qué ocurrió con su padre? —preguntó, deseando variar de conversación.

—Murió durante el asalto que luego dio la caballería del Norte.

—¿Y cómo llegó usted aquí?

—Primero estuve en un hospital, luego me dejaron por incurable y me ofrecieron tenerme en una especie de asilo; pero no quise. Sabía que si entraba allí, ya no saldría en todo el resto de mi vida. Me agregue entonces a una caravana de aventureros que iban a buscar oro a Nevada y California. Yo estaba con las mujeres, hacía la comida y lavaba la topa. Pero la caravana fue asaltada por los indios a muy pocas millas de aquí.

—¿Y permaneció en este lugar?

—Así es.

—Tiene un modo muy duro de ganarse la vida. Seguro que usted no estaba acostumbrada a estos trabajos.

—Yo era antes una señorita, pero…, ¿qué importa todo aquello? Ahora soy la criada de los buscadores de oro más pobres y miserables de todo este territorio. Si es usted una persona bien vestida y quiere mantener su buen nombre, no debe ni hablarme siquiera.

—No tengo ningún nombre que mantener.

—Eso me hace recordar que aún no me ha dicho cómo se llama.

Pat se pasó la lengua por los labios resecos y mintió:

—Me llamo Morgan.
Ella le tendió la mano.
—Gracias por su ayuda, señor Morgan. Si necesita algo de mí, sabe dónde puede encontrarme.
—Precisamente necesitaba yo una persona que me atendiera. Voy a instalarme en la ciudad, donde abriré un comercio, y estoy sin servicio. ¿No le interesaría a usted un empleo fijo?
—No bromee, por Dios. Nadie necesita a una ciega. Puedo hacer algo aquí, porque conozco estos lugares, pero soy el ser más inútil del mundo en cuanto me trasladan a un sitio donde no he estado nunca.
—Se acostumbraría. Por otra parte, lo que necesita un hombre sólo es muy sencillo. Ropa limpia, el sombrero cepillado… Viviríamos en un hotel, y como es natural, en habitaciones separadas.
Ella entrelazó los dedos nerviosamente, mientras bajaba la cabeza.
—No acabo de creer que todo esto sea cierto. Me parece demasiado hermoso. Deje que me acostumbre. Déjeme pensar.
—Está bien. En tal caso volveré mañana.
—Le esperaré.
Pat estrechó la mano que ella le tendía y dio media vuelta para regresar a la ciudad.
Ya no era el hombre alegre que siempre fue.
Llevaba ahora como una aguja envenenada clavada en el corazón.

CAPÍTULO VII

Pat Lester vació de un trago su copa de licor y paseó una mirada circular por el *saloon*.

—La verdad es que está aburrido esto —murmuró.

Nichols bebió también el contenido de su copa, miró a su alrededor y terminó opinando:

—Faltan chicas.

—¿Por qué no vienen más mujeres aquí?

—Debe ser porque ésta es una tierra muy peligrosa.

—O porque las poblaciones son todavía demasiado pequeñas para que haya espectáculos que valgan la pena. Antes que ciudades lo que hay aquí son campamentos mineros.

Nichols le miró con perspicacia.

—¿Por qué hablas de esto, Pat? Tú no hablarías de mujeres si tu cerebro no estuviese ocupado por un pensamiento muy especial.

—Creo que aciertas.

—¿Es esa chica?

—Sí.

—Temes que, tan bonita como es, llame demasiado la atención en este pueblo sin apenas muchachas, ¿verdad?

—En efecto, eso es lo que temo.

—Nadie es tan canalla como para atacar a una ciega.

—De todos modos, no me tranquiliza que día y noche esté allí, completamente sola.

—¿Qué ha dicho cuando le ofreciste alojarla aquí?

—Que lo pensada.

—¿Y no vas a volver?

—Pensaba volver mañana, pero puede que lo haga… esta noche.

—La preocupación no te deja dormir, ¿eh?

—En muy pocas horas han ocurrido demasiadas cosas en la ciudad. A ella puede sucederle algo también. Voy a sacar mi caballo y me acercaré por el riachuelo a ver si hay algo sospechoso.

Se puso en pie.

—¿Te acompaño? —ofreció Nichols.

—Gracias. No es necesario. Sólo pretendo vigilar, y yendo sin compañía llamaré menos la atención.

Dejó sobre la mesa el importe de las bebidas, salió a la calle y fue a la cuadra en busca de su caballo.

Al pasar por delante de una de las casas de la pequeña ciudad, vio que en su porche había un pequeño letrero de madera que decía:

«Se necesitan conductores de manadas
desde Texas a California. Presentarse aquí».

—Mañana tendré que buscar un empleo —se dijo Pat para sí mismo—. No puedo mantener a una mujer sin llevar un mal dólar en el bolsillo.

Y cuando salía de la población añadió:

—En buen lío me estoy metiendo.

La llanura que se extendía a espaldas de las primeras casas estaba oscura como una cueva. Pat tuvo que moderar el trote del caballo para que no tropezase.

Luego la luna en cuarto menguante se destacó por entre unos nubarrones y fue posible distinguir la línea plateada del riachuelo.

Estaban allí las casuchas semiderruidas. Pat vio a la izquierda aquélla en que habitaba Sonia, muy alejada de las demás.

Descendió del caballo y se aproximó a pie.

Era sobrecogedor el silencio en aquella parte desolada de la llanura.

Sólo se oía el murmurar del riachuelo. Daba la extraña sensación de que ningún ser humano habitaba en cien millas a la redonda.

Dentro de la casa donde vivía Sonia se veía rebrillar una débil luz de petróleo.

Pat llamó con los nudillos a la puerta.

Nadie contestó.

Vio que la hoja de madera cedía. La puerta estaba abierta. Pat la empujó poco a poco.

Distinguió la miserable habitación sumida en una semi penumbra.

Y de pronto algo brilló ante sus ojos.

Algo parecido a una serpiente de plata que volase hacia él.

Pat intentó ladearse y ya no llegó a tiempo. El cuchillo se clavó en su brazo izquierdo. Un poco más y le habría atravesado limpiamente el corazón.

La hoja de acero tremoló todavía dentro de su carne.

* * *

Pat no sacó sus revólveres. Había visto a la mujer. Sabía que allí únicamente estaba Sonia.

El asombro no le dejó balbucir una palabra.

Sonia tenía parte de los vestidos desgarrados y en su rostro se marcaban unos hilos de sangre.

Había lanzado el cuchillo guiándose tan sólo por el ruido, y con una puntería tan certera que estuvo a punto de exterminar a Pat Lester.

Éste, con la mano derecha, se arrancó el puñal de un seco golpe.

Sonia estaba llorando.

Los escasos muebles de la pieza se hallaban en desorden, como si allí se hubiese desarrollado una feroz lucha. Pat se dio cuenta ahora de que las huellas de sangre eran numerosas en los vestidos de la mujer. Sonia, vencida, acorralada, gimió tan sólo:

—¡No se acerque…!

—No debe temer nada —dijo Pat, con una voz que intentó fuese lo más tranquila posible.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos sin luz estaban espantosamente fijos en la puerta.

—¿Quién es usted? —balbució.

—Hemos hablado esta mañana…

—¡Dios mío…!

Pat se acercó a ella. La muchacha había caído en cuclillas sobre el suelo. Él la levantó, sujetándola por los hombros, y llevado de su propio nerviosismo casi la zarandeó brutalmente.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Habla! ¿Qué ha ocurrido aquí?

Ella, sin fuerzas, hundió la cabeza y siguió llorando silenciosamente.

—¿Quién te ha atacado? —inquirió Pat.

—No lo sé…

—¿Qué quería?

En el momento de formular la pregunta, Pat ya comprendió que ésta era inútil. Lo que pretendió el canalla que había estado allí era bien claro. Una muchacha verdaderamente bonita, verdaderamente sola y además ciega… Una muchacha que no podía defenderse. Pat Lester sintió que una rabia fría, casi satánica, le devoraba el corazón.

—¿Qué ha conseguido? —preguntó en voz baja.

—Nada…

—¿Cómo has conseguido defenderte?

—Al final encontré ese cuchillo que te he lanzado. Pensaba que era él y que volvía…

—¿Sabes quién era?

—No.

—¿Te ha hablado?

—Ni una palabra.

—¿Llevaba algún signo que lo distinguiese? ¿Bigote o barba, por ejemplo, o alguna cicatriz?

—No.

—¿Cómo entró aquí?

—Como amigo. Me dijo que había conocido a mi padre. Tenía una voz suave y convincente, una voz que hacía creer en las palabras que pronunciaba. De pronto, me atacó.

—¿Intentó sacarte de aquí?

—Sí. Quería llevarme fuera, a alguna parte. Es posible que tuviese algún carruaje preparado.

—¿Recuerdas alguna de sus frases?

Sonia, con una mueca de angustia dibujada todavía en el rostro, respiró con fatiga y dijo:

—Había… un billete sobre la mesa. Era lo que yo había ganado en toda la semana. Lo miró y lo tocó, cosa que yo noté por el crujido del papel. Luego dijo: «Valiente negocio has hecho…».

—La frase no tiene sentido.

—Yo, desde luego, no he sabido dárselo. Y es todo lo que

recuerdo de él. Ninguna otra de sus frases me llamó la atención.

—¿Dónde está ese billete?

—No lo sé.

Pat lo buscó con los ojos. Y lo encontró en el suelo, algo arrugado, cerca de los pies de la muchacha.

Lo tomó entre sus dedos, sin notar en él nada de particular.

—Tómalo.

—Guárdelo. No podría… tocarlo ahora.

Pat lo guardó. Luego observó:

—¿Por qué no has gritado? Las otras casas están lejos, pero podían haberte oído.

—Yo nunca he pedido socorro —dijo ella con un resto de orgullo dentro de su terrible postración.

Pat miró a su alrededor.

Por fin vio en el suelo un pequeño objeto que brillaba.

Una bala.

Pero ésta no era como las otras. Tenía algo especial.

Era una bala de oro.

CAPÍTULO VIII

Pat la recogió.

—¿Por qué no hablas? —susurró ella—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Estaba intentando encontrar algo que delatase a ese hombre. Pero es difícil.

Guardó la bala.

A primera vista ya había notado que estaba bien hecha y bien ajustada para revólver. Una bala de oro. Con ella mataría al tipo que había intentado ultrajar a Sonia.

—Supongo que ahora no tendrás inconveniente en salir de aquí —dijo—. No puedes permanecer sola por más tiempo en esta casa.

—Pero ¿quién eres? ¿Por qué tratas de ayudarme?

—Ya te he dicho esta mañana quién soy. Me llamo Morgan y acabo de llegar a esta comarca.

—¿Por qué has venido esta noche?

—Digamos que ha sido una corazonada.

Ella hundió la cabeza otra vez.

—No sé si dices la verdad. Podrías ser tan canalla como el otro. Pero no tengo más remedio que confiar en ti.

—No te arrepentirás.

La tomó de la mano para ayudarla a salir. Él estaba perdiendo mucha sangre, pero ni siquiera lo notaba. Fuera, la llanura seguía siendo tan negra como el interior de una gruta.

—Tengo mi caballo ahí cerca.

La ayudó a montar, saltó él también sobre la silla y emprendieron a galope el regreso a la ciudad.

Pat no se detuvo hasta llegar hasta bajo el alegre rótulo del hotel *El Ataúd.*

Nichols les esperaba en la puerta.

Pat ayudó a descabalgar a la muchacha, y antes de que el ex sargento sudista pudiera despegar los labios, el joven le advirtió:

—Por Dios, disimula la voz…

Nichols improvisó una especie de ronquera cuando preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a esta muchacha?

—Ha sufrido un accidente. La llevaré de momento a mi habitación y yo pediré que me alojen en otro sitio.

—¿Puedo ayudarte?

—Pregunta dónde hay un médico que pueda curarme una cuchillada.

Nichols miró de soslayo la sangre que empapaba el brazo de su amigo, pero no hizo comentarios.

Un momento después había desaparecido entre las sombras de la calle, que estaba casi desierta a aquella hora.

Pat acompañó a Sonia a su habitación.

«Si sospechara quién soy… —pensó—. Si supiese que soy el hombre a quien más odia en el mundo…».

—Puedes alojarte aquí —indicó cuando hubo abierto la puerta —. No es una habitación de lujo, pero tendrás en ella todo lo necesario. Mañana, apenas abran las tiendas, iré a comprarte ropa.

—¿Dónde dormirás tú?

—Ya pediré otra habitación, y si no me la dan, dormiré en el vestíbulo. ¿Necesitas que te vea el médico?

—No estoy herida.

—Haré, de todos modos, que te traigan agua caliente para que puedas limpiarte los rasguños.

—Gracias.

Sonia estaba a punto de llorar otra vez. Necesitaba desesperadamente estar sola.

—Buenas noches, Sonia. Procura descansar. Y piensa solamente que aquí estarás segura.

Cerró la puerta, descendió las escaleras hasta el vestíbulo y salió a la calle.

Nichols volvía ya.

—Hay un médico a una manzana de aquí. Te está esperando. ¿Ha sido ella la que te ha herido?

—Sí.

—¡Pues vaya palomita!

—Dejemos eso ahora, Nichols. Hay mucho que hablar.

Caminaron los dos hacia la casa del médico, que se distinguía por una placa de bronce colocada sobre el porche.

Y en aquel momento una voz, surgiendo de la penumbra de la calle, gritó:

—¡Eh, Lester! ¡Por cien mil infiernos! ¡Ven aquí, muchacho!

—Me he caído con todo el equipo —dijo.

Porque acababa de reconocer la voz del coronel Golwer.

CAPÍTULO IX

Pat Lester se detuvo mientras de la penumbra de la calle veía salir la figura del coronel Golwer.

Golwer parecía haberse rejuvenecido en aquellos dos últimos meses. Llevaba ahora un uniforme limpio y no los desastrados uniformes que siempre usó durante la guerra. En sus hombreras lucía los entorchados de coronel. Una amplia sonrisa le llenaba la cara.

—¡Hola, Lester! —gritó.

—Hola, coronel.

—¿A qué viene esa manía de esconderse?

—Yo no me escondo, coronel.

—¡Infiernos! ¡Si he venido persiguiéndote a través de no sé cuántos estados y territorios! ¿No sabes aún que fuiste ascendido por méritos de guerra?

—Pedí la licencia, coronel.

—Pero el despacho oficial, que tú ni siquiera esperaste, llegó con tu ascenso.

—¡Qué bien!

En el tono de voz de Pat no había el menor entusiasmo.

—¿Quieres beber unas copas? —preguntó Golwer.

—Acepto.

Entraron en el primer local que hallaron al paso y se sentaron a una mesa.

—Sé que eres tú el que ha salvado a mi hija, Pat —empezó diciendo el coronel Golwer.

—¡Bah! Pasaba por allí…

—Los médicos han dicho que si no llegáis a traerla tan pronto, hubiese muerto sin remisión.

—¿Está ahora mejor?

—Ha reaccionado, y creo que podemos considerarla salvada. Hiciste mal al no quedarte allí, muchacho. Tuve que imaginarme que eras tú por la descripción que me hicieron el sargento y los soldados.

—No quería que nadie me diese las gracias. Por cierto, ¿ha declarado ella quién fue el tipo que la hirió?

—Eso es lo extraño; no ha querido decirlo.

—¿Por qué? ¿Acaso le conocía?

—No lo sé.

Pat quedó pensativo unos instantes, tan pensativo que en su frente se marcaron unas arrugas diminutas.

—Tú siempre te lo has tomado todo en broma, Lester —dijo el coronel Golwer—. Pero presiento que ahora no va a suceder así.

—Puede que tenga razón, coronel. Puede que ésta sea la primera cosa en mi vida que me tome en serio.

—¿Quién crees que la atacó?

—No acabo de entenderlo. Pero tengo la sensación de que fue alguien a quien ella conocía. Y, desde luego, el mismo que asesinó al hombre a quien encontramos muerto a muy poca distancia de la casa.

Las facciones de Golwer estaban ahora taciturnas, y como si quisiera calmar sus nervios, bebía vaso tras vaso de *whisky*.

—¿Con quién se relacionaba Elisa desde que llegó a este territorio? —preguntó Pat.

—Con muchas personas a quienes ayudaba. Elisa ejercía como médico, aun cuando no lo era.

—¿Tenía novio?

—¿Acaso no sabes que estaba comprometida contigo?

—Pero ella no me conocía siquiera.

—Es igual. Yo le pedí un día que se casara contigo y me dijo que sí. Sabía que tú eras uno de los mejores oficiales de nuestro ejército.

—Eso no basta.

—Yo aseguro que Elisa estaba enamorada de ti aun sin conocerte —insistió Golwer—. Supongo que ahora irás a verla. Y espero que no discutas una cosa que no admite discusión.

Pat sonrió.

—Toda la vida será usted un militar, Golwer. Eso tiene grandes

virtudes, pero hay que pulir también algunos defectos, entre ellos el querer decidir las cosas a rajatabla. ¿Por qué no deja que Elisa diga la última palabra?

—Porque ya la ha dicho.

—Está bien, no discutamos ahora —suspiró Pat—. Mañana mismo, en cuanto se sienta mejor, iré a verla.

—Te esperaremos. Y ahora que te he encontrado no voy a dejarte marchar fácilmente.

Se levantaron para despedirse. Pat se dio cuenta entonces de que, debido a la sorpresa de su encuentro, habían estado cometiendo una serie de incorrecciones imperdonables. Ni Golwer había prestado atención a que él estaba herido ni él se había molestado en presentarle a Nichols, a pesar de que éste estaba bebiendo con ellos en la misma mesa.

—Le presento a Nichols —dijo al fin Pat—. Les ruego me perdonen por no haber hecho antes la presentación. Nichols fue prisionero suyo, coronel.

—Pues entonces debe tener bastantes razones para odiarme. Chóquela, amigo.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Vendrás mañana a ver a Elisa? —insistió Golwer.

—Se lo prometo.

—Ella se alegrará al verte.

—Pero no le diga que he sido yo quien la ha salvado. No me gustan los papeles de héroe, coronel.

—De acuerdo, no se lo diré.

Y se despidieron definitivamente. El coronel fue hacia la barra donde había dejado su caballo y Pat y Nichols regresaron al hotel.

Para llegar a él tenían que atravesar una zona de la calle principal donde había varios *saloons* y un gran derroche de luz, y a continuación otra zona donde sólo había almacenes y la oscuridad era casi completa.

Fue al llegar a esa segunda zona, a unas yardas solamente del hotel, cuando Nichols gritó:

—¡Cuidado!

Dio un empujón a Pat y éste rodó por tierra, mientras Nichols se lanzaba también al suelo y daba dos volteretas por el polvo. Dos balas de rifle disparadas casi al mismo tiempo pasaron por encima

de sus cabezas y fueron a clavarse en una puerta contigua.

Pat sacó inmediatamente su revólver derecho e hizo fuego sobre el lugar donde acababa de ver los fogonazos. Otra bala restalló muy cerca de él, tan cerca que el polvo levantado le saltó a los ojos y le cegó por unos instantes. Hizo fuego otra vez, pero maquinalmente y sin apuntar. Oyó entre las tinieblas, sobre las tablas de un porche, las pisadas de dos hombres que se alejaban a toda velocidad.

Nichols disparó entonces también, pero sus balas no alcanzaron el objetivo. Se oyó cómo se clavaban en la madera de una puerta. Luego, durante unos segundos, hubo en la calle un silencio absoluto.

Los dos permanecieron juntos y al acecho, con las armas dispuestas por si alguien más disparaba.

Pero sus desconocidos enemigos se habían alejado ya.

Pat se puso en pie, y Nichols le imitó.

—Bueno, muchacho, creo que te debo la vida —dijo Pat.

—Hago como tú. No me gusta que me den las gracias.

—De todos modos tendré en cuenta que si aún conservo la piel es por tu intervención. ¿Cómo te has dado cuenta de que alguien iba a disparar contra nosotros?

—El brillo de los cañones de sus rifles; ésa ha sido la causa. Me he dado cuenta de que los movían hacia nosotros con mucha rapidez y he temido lo peor.

—Pues tienes una vista maravillosa.

—Simple casualidad; estaba mirando hacia allí.

Los disparos no habían llamado la atención en la calle, donde eran cosa normal a aquella hora. Los dos hombres, sin preocuparse ya más de lo ocurrido, echaron a andar hacia el hotel.

Allí les esperaba un tipejo calvo, vestido de negro con cara de vinagre.

—Pero ¿es que piensan tomarme el pelo? —rugió.

Pat se mordió los labios.

—Le aseguro que no me dolía.

—¡He estado esperándole casi media hora! ¿No quería que le curase esa herida de cuchillo? ¿O es que espera que se le infecte y haya que amputarle el brazo?

—Bueno, no se ponga así. Cure lo que le dé la gana.

En el mismo vestíbulo del hotel, el médico le limpió la

cuchillada, que afortunadamente no cortó ningún tendón ni vena, pero cuya herida estaba cubierta de una costra de polvo y le hizo daño a propósito para vengarse de la espera. Pero Pat no chistó.

Luego le vendó el brazo, le dijo que a las pocas horas tendría fiebre, le cobró diez dólares y le envió al infierno.

Antes de que el médico saliera del hotel, Pat le preguntó:

—¿Usted ha intervenido en alguna ocasión lesiones de los ojos, doctor?

—Sí, durante la guerra.

—¿Ha examinado en alguna ocasión a la muchacha ciega que lavaba ropa en el río?

—Una vez quise hacerlo y se me puso hecha un demonio porque no creía que fuera médico ni se fiaba de mí. Es una fierecilla.

—¿Le importaría examinarla ahora?

—Si no ha de hacerme esperar, sí.

Subieron a la habitación que antes ocupara Pat, tras indicarle el dueño del hotel que tenía otra disponible para que pasara aquella noche, pues la que antes le alquiló estaba ocupada ahora por Sonia Butterson.

Sonia aún no se había acostado, y sentada en una butaca junto a la ventana, al lado de una lámpara de petróleo a punto de extinguirse, parecía una estatua.

Pat la recordó cómo era antes —tan viva, tan hermosa, tan palpitante—, y sintió como si algo se rompiera en su corazón.

—Aquí hay un médico que desea examinarte —dijo con voz que intentaba ser alegre—. ¿Tendrías inconveniente?

Ella volvía hacia la puerta sus ojos sin vida.

—No. ¿Quién es?

—Un médico de la ciudad. Pero creo que no le conoces.

El hombrecillo vestido de negro se acercó a la ciega, avivó hasta el máximo la llamita de la lámpara y dilató con suavidad los párpados de la muchacha. Estuvo un largo rato examinando sus ojos y acercando y retirando el quinqué. Al fin dijo:

—Creo que se podría intentar operarla.

—¿Con esperanzas de éxito? —preguntó Pat.

—La lesión que padece no es de las peores. Sus retinas reaccionan a la luz. ¿Quiere usted de verdad volver a recobrar la vista, señorita Butterson?

Ella tensó los músculos del cuello y —cosa extraña—, no perdió por ello nada de su femineidad encantadora.

—Cuando recobre la vista, si la recobro… —dijo—, buscaré por todo el Oeste a un hombre a quien ya estuve a punto de matar una vez.

—Diablos. ¿Y para qué buscarlo? ¿Acaso para pedirle perdón?

—Le debo un balazo entre los ojos —susurró ella—. Y me gusta pagar mis deudas.

Pat arqueó las cejas e intentó mirar hacia otro sitio, como si ella pudiese verle.

—Lo siento por ese hombre a quien piensa matar —dijo el médico—, pero de todos modos intentaré que recobre la vista.

Se encaminó hacia la puerta y antes de salir dijo:

—Volveré mañana para examinarla con más atención.

Y desapareció lanzando maldiciones en voz baja. Una vez se hubo marchado, dijo Pat a Sonia:

—Si encuentro a ese tipo a quien buscas, ya te avisaré.

Y salió también de la habitación en compañía de Nichols, quien le dirigió una mirada llena de preocupación. Pues él sí que sabía bien cómo se llamaba el hombre a quien Sonia deseaba clavar una bala entre los ojos.

Pat no consiguió dormir aquella noche, porque la fiebre le hizo delirar. Y durante todo el día siguiente sufrió también tales temperaturas que no pudo levantarse del lecho.

Al anochecer, tanteando las paredes, Sonia Butterson entró en su habitación.

—Me han dicho que no habías podido levantarte —susurró.

—¿Yo? Es que anoche pillé una borrachera, ¿sabes?

—No sé cómo tienes ganas de bromear todavía. Me siento responsable de lo que me ha ocurrido.

—¡Y tan responsable! ¡Como que el cuchillo me lo lanzaste tú!

—No comprendo cómo pude hacerlo.

—Si quieres, repetimos.

Ella parecía tener ganas de cualquier cosa menos de bromear. Era cierto que debía sentirse preocupada por el estado de Pat Lester. Le puso una mano en la frente y susurró:

—Estás ardiendo.

—Claro. Viéndote a ti.

—No comprendo. A veces me parece reconocer tu voz, aunque es como una sensación muy lejana. Y tus bromas me hacen pensar en un hombre a quien estuve a punto de matar una vez.

—¡Pues sí que estoy arreglado!

—¿De veras te llamas Morgan?

Pat decidió cambiar radicalmente de táctica.

—¡Sí, me llamo Morgan! —gritó—. ¿Y por qué diablos no me dejas en paz de una vez?

—No pienso dejarte en paz hasta que te encuentres mejor. Por lo pronto voy a decir que te traigan algún alimento.

Pat, que a pesar de su aparente jovialidad no podía ni mover los párpados, quedó otra vez semi desvanecido y como devorado por la fiebre en cuanto ella salió de la habitación. Luego todo se hizo borroso para él. Sólo tuvo la lejana sensación de que la ciega estaba allí, junto a él, velándole durante horas y más horas.

Cuando recobró el pleno dominio de sí mismo, vio que por la ventana entraba una luz casi languidecente.

Sin duda, desde que Sonia entró en su habitación había estado sumido en un profundo sopor, durante más de veinticuatro horas.

En este momento la noche volvía ya a caer sobre la ciudad, en la que se oían las primeras músicas, los primeros gritos y los disparos con que casi inevitablemente comenzaban todos los espectáculos nocturnos.

Pat Lester se sentía mucho mejor después de aquel sueño reparador. En realidad se sentía casi nuevo.

Se puso las ropas vaqueras, se aseó y afeitó, descendió a la calle, introduciéndose seguidamente en un *saloon*.

Allí cuatro bailarinas bailaban el primer *can-can* de la noche. Los espectadores rugían de entusiasmo cada vez que las muchachas levantaban las piernas.

Pat se sentó a la única mesa que estaba por ocupar, extrajo de uno de sus bolsillos la bala de oro y se entretuvo contemplándola en todos sus detalles.

¿En qué revólver encajaría aquella bala? ¿Quién sería el miserable que la había perdido en la choza de Sonia Butterson?

Estaba sumido en estos pensamientos cuando le sorprendió Nichols.

—Te veo demasiado optimista, Lester. ¿Quién te ha dicho que ya podías salir a la calle?

—Me encuentro perfectamente.

—La verdad es que esas chicas resucitaban a un muerto.

Las cuatro bailarinas terminaban en aquel momento su danza con un fantástico revuelo de faldas. El local parecía hundirse. Pero las chicas no se atrevieron a repetir, porque el *can-can* es un baile que deja extenuada a cualquier mujer. Salió a sustituirlas un tenor, y poco faltó para que lo acribillaran a tiros en el mismo escenario.

Nichols preguntó.

—¿Qué es eso? ¿Una bala de oro? Nunca había visto un proyectil parecido.

—Lo encontré en la cabaña de Sonia.

—¿Supones que la perdió el granuja que intentó ultrajarla?

—Estoy seguro.

—¿Y supones ya quién es?

—Sólo sé una cosa, y es que la bala ha sido recientemente pulida para que encajara en un determinado revólver del cuarenta y cinco. Fue disparada una vez, lo cual es fácil ver por las estrías del proyectil. Luego alguien la pulió y la encajó en un nuevo cartucho tipo «Colt», para que pudiera ser empleada de nuevo, mírala. Y lo que me gustaría saber es quién tiene el revólver para el cual esta bala ha sido preparada.

—Pero ya ha sido disparada una vez, ¿cómo es que no se aplastó al chocar con algo? El oro es poco resistente.

—Porque debió chocar con algo blando, por ejemplo, la carne de un hombre. Estoy seguro de que hirió a alguien, el cual se la hizo extraer luego. Ya llegaré a averiguar quién fue.

Nichols suspiró:

—¿Por qué te metes en líos?

—Debe ser que ya tengo ganas de que me maten.

—Con la cantidad de «Colt» del cuarenta y cinco que hay en esta ciudad, te va a ser difícil saber en cuál encaja.

—Algo parecido al zapatito de la Cenicienta. Pero la encontraré.

—Está bien; te deseo suerte…

—Esto me recuerda al coronel Golwer. Debe estar furioso porque

no he ido a visitar a su hija.

—Lo comprenderá en cuanto le hables de tu herida. No comprendo cómo no lo notó.

—Es que para él ver a un hombre herido es tan natural como ver una mujer con faldas. Ya ni se fija.

—¿Vas a ir a verle ahora?

—El acuartelamiento no está lejos. Me daré un paseo hasta allí.

—Por cierto, te he encontrado trabajo.

—¿Dónde?

—Eso es lo malo. Está un poco lejos de aquí, a unas treinta millas. Se trata de preparar unos cuantos potros para las próximas carreras, cosa que tú harías estupendamente.

—Para preparar caballos hace falta ser un gran especialista. ¿Cómo me han encontrado sin conocerme?

—Les he hablado muy bien de ti. El dueño de los caballos es algo amigo mío. Además, le he dicho que necesitabas dinero y supongo que ha visto la oportunidad de contratarte por algo menos que a otro cualquiera. Pon atención a lo que te ofrezca.

—Lo haré. Y te estoy muy agradecido, Nichols. Me has hecho un gran favor.

—No tiene importancia. Puedes ir mañana.

—Iré.

Se levantó de su asiento, guardó la bala y salió del local para ir en busca de su caballo, que debía estar en las cuadras del hotel.

En efecto, el animal estaba allí y tenía ganas de carrera. Pat Lester lo sacó y, una vez en la calle, cuando se disponía a emprender el galope, se tropezó con un carruaje en el que iba solo el banquero Murray.

Éste le hizo una seña para que se detuviera.

—Usted es el que iba anteayer con el comisario, ¿no? —preguntó.

—Exacto. Y recuerdo que usted le detuvo para pedirle que se ocupara del robo que había tenido lugar en su Banco.

—Así es. ¿No ha visto usted más al comisario?

—No. Sufrí una pequeña herida y durante casi dos días no he podido moverme de mi habitación.

Murray se encogió de hombros.

—En esta ciudad no hay ley ni nada que se le parezca. Es

imposible encontrar al *sheriff* o a sus agentes. No me extrañaría que me volvieran a robar otra vez.

—Deben estar investigando lo del asesinato.

—Como si un muerto tuviera tanta importancia. Aquí, donde hay más muertos que vivos. Por cierto, ¿es verdad que se ha llevado usted a su hotel a esa pobre ciega que vivía junto al riachuelo?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque yo soy aquí el presidente de la Liga de Moralidad.

—¡Ah! Pero ¿hay una Liga de la Moralidad y todo en este condenado territorio?

—Exacto. Y velamos para que las escasas chicas jóvenes que hay aquí no caigan en el vicio. ¿Puedo saber con qué intenciones ha alojado a esa pobre muchacha en su hotel?

—Quiero evitar que vuelvan a atacarla.

—No sabía nada de eso. ¿La hirieron?

—Poco faltó. Pero si lo que desea es una garantía de mi seriedad, puedo hacer que la muchacha se aloje en otro sitio.

Murray se llevó una mano al ala del sombrero.

—No se ofenda, pero quisiera velar por esa muchacha. Es posible que volvamos a vernos, si usted me lo permite.

—Cuando quiera.

Murray saludó otra vez, fustigó a sus caballos, y el carruaje se perdió pronto en la semioscuridad de la calle.

Pat Lester se encogió de hombros.

¡Al diablo con aquel tipo ridículo!

Picó espuelas y se dirigió a galope hacia los acuartelamientos del coronel Golwer.

CAPÍTULO X

El coronel estaba alegre. Había bebido algo más de la cuenta. Pat Lester recordó que durante la guerra, antes de las batallas, el entonces comandante Golwer, siempre se emborrachaba y siempre salía victorioso.

Saludó con un abrazo al joven.

—¿Qué tal está su hija, coronel? —preguntó Pat.

—Mejor, muchacho, mejor. Y ya ves que no me ofendo porque hayas tardado en venir más tiempo del que prometiste. ¿Quieres conocer a Elisa en seguida?

—Ya la conozco. La saqué de aquella cabaña.

—No me salgas ahora con una de tus condenadas frases. La conoces pero no la conoces, puesto que jamás has hablado con ella. Y ya era hora de que tuvieseis una conversación, demonios.

—Está bien, hablaré con Elisa.

—Será mejor que vayas tú solo y nos dejemos de presentaciones estúpidas, que sólo sirven para enrarecer el ambiente. Ha sido trasladada ya a su habitación, en la casita aislada que verás al extremo sur de los acuartelamientos. El médico le ha permitido incluso levantarse un poco.

—¿No se pondrá nerviosa al verme? Eso podría perjudicarla.

—¡Pero qué nerviosa ni qué demonios! Se alegrará al verte y se tranquilizará al saber que hay alguien que en lo sucesivo velará por ella.

—Está bien, Golwer. Voy allá.

Salió del despacho del coronel donde éste seguía bebiendo y se encaminó al extremo sur de los acuartelamientos.

Era extraño el destino.

En un momento de ofuscación, durante la guerra, prometió

casarse con una mujer a la que ni siquiera conocía. Una mujer a la que seguramente nunca podría amar. Y ahora ella estaba allí, muy cerca de él. Y aunque Elisa era endiabladamente hermosa, Pat tenía tantas ganas de enamorarse que el único comentario que se le ocurrió fue:

—¡Maldita sea!

La casita donde ahora vivía la muchacha estaba completamente aislada de todas las demás. La zona era quieta, tranquila y oscura. Pat se dio cuenta de que en la casita brillaba una luz.

En aquel momento en un barracón cercano, donde seguramente debía haber soldados, empezó a oírse una nostálgica canción de guerra. La canción, aunque era quieta y melodiosa, apta para cantar marcando el ritmo mientras se marcha, apagó por completo el ruido de los pasos de Pat.

Por eso, cuando éste llegó junto a la casa, nadie debía haberle visto aún. Y seguramente tampoco le habían visto, porque la zona estaba sumida en sombras.

Éste fue el motivo de que la pareja que había en el porche siguiera charlando sin darse cuenta de que ahora su conversación tenía un testigo: Pat Lester.

El joven fue a carraspear discretamente, creyendo que se trataba de una pareja de novios cualesquiera, pero se detuvo al reconocer la figura femenina.

Casi no podía creerlo.

Ella era Elisa Golwer, la mujer a la que encontró herida y salvó pocos días antes.

Y él era un tipo joven, alto, fuerte, a quien no conocía. Un tipo que llevaba dos revólveres y vestía completamente de negro. Las monedas que adornaban su cinturón brillaban tenuemente a la escasísima luz.

Elisa iba sumariamente vestida y estaba apoyada en una de las columnas del porche, seguramente porque no podía apenas tenerse en pie. Él estaba muy cerca de la muchacha.

Pat, quieto a unas yardas de distancia, escuchó —bien inesperadamente por cierto— retazos de su conversación.

—Repito que me admira tu cinismo, Mike —decía ella—. No comprendo cómo te has atrevido a venir.

—He venido a pedirte perdón.

—Pero ¿crees que se puede perdonar lo que tú hiciste?

—Debía estar medio enloquecido por el dolor de la herida. No sé lo que hice.

—Sería una loca si te creyese, Mike —decía ella—. No comprendo cómo te has atrevido a venir.

—He venido a pedirte perdón.

—Pero ¿crees que se puede perdonar lo que tú hiciste?

—Debía estar medio enloquecido por el dolor de la herida. No sé lo que hice.

—Sería una loca si te creyese, Mike. Se oyó un ruido suavísimo. Él debía haberla besado muy brevemente en los labios sin que Elisa opusiera resistencia.

Pat estuvo tentado de marcharse inmediatamente de allí, pero le retuvo una pregunta que se estaba haciendo: ¿qué es lo que aquel hombre había hecho contra Elisa?

La voz de la muchacha se lo aclaró inmediatamente.

—Cuando recobré el conocimiento, no podía creer que fueses tú el que había disparado sobre mí, Mike.

Pat estuvo a punto de lanzar un grito. ¡De modo que aquel tipo era el que había disparado sobre Elisa Golwer! ¡Y el mismo que asesinó al buscador de oro muerto junto a la casa!

Pero lo que oyó a continuación le dejó más helado todavía.

—Lo que hiciste fue un crimen por dos motivos, Mike —decía ella—. Primero porque habías jurado quererme. Y segundo porque cuando disparaste sobre mí, yo acababa de curarte extrayéndote la bala.

—Aquella bonita bala de oro…

—¿La tienes aún aquí?

—¿Que si la tengo? Pues… Creo que la perdí.

—No lo entiendo.

—Verás… No tenía ninguna intención de guardarla. Era un recuerdo más bien doloroso. De modo que no puse ningún cuidado y debí perderla.

—Espero que la hayas fundido para hacer un collar y regalárselo a otra mujer.

—¿Tendrías celos?

—No debería tenerlos.

—Tú y yo hemos vivido muchas cosas juntos, Elisa. En realidad,

somos el uno para el otro. Tuve un momento de locura, pero jamás lo volveré a tener. Te lo juro.

—Sé que no debería creerte.

Pero el tono de voz de la muchacha era vacilante. Mike debía ejercer sobre ella una tremenda influencia, un poder casi absoluto. Pat Lester sintió repugnancia y al mismo tiempo pena. Aquella muchacha dominada hasta entonces por su padre, había caído completamente en brazos del primero que se cruzó en su camino, Y como Mike era un hombre guapo, apuesto y lleno de audacia y cinismo, la debía dominar por completo.

Pat Lester lo miró a través de la semioscuridad.

Era como si ya estuviese contemplando un cadáver.

Aquel hombre que más bien merecía el calificativo de bestia salvaje, era el que había intentado ultrajar a la pobre muchacha ciega. Y por lo tanto, para Pat Lester, sus horas de vida estaban ya contadas.

De no ser por el delicado estado en que se encontraba Elisa, lo cual desaconsejaba las emociones violentas, le habría desafiado allí mismo.

Oyó que ella preguntaba:

—¿Dónde vives ahora, Mike?

—Se me encuentra casi siempre en el *Star Saloon* —respondió él —. Me alquilan allí una habitación para dormir, y el *Star* es por decirlo así, el cuartel general donde me reúno con mis hombres. Verdaderamente corro peligro en cuanto salgo de allí. E imagina si deberé quererte cuando me he arriesgado a meterme en la boca del lobo. Ésta es zona militar y si tu padre se empeñara podría hacerme pasar por las armas.

—He pensado en eso. En que debes quererme por lo menos un poco para haberte arriesgado a venir aquí.

—¿Es que no estás convencida?

Se hizo un silencio. Pat Lester vio vagamente que él volvía a besarla de nuevo.

Dio media vuelta y se alejó.

Arrancar a aquel hombre de la vida de Elisa sería igual que arrancar una bala de junto al corazón de un herido; algo doloroso, pero necesario para seguir viviendo. Mike era un canalla rastrero, un miserable que no merecía palpitar sobre la tierra.

Lo mataría aquella misma noche.

Salió de los acuartelamientos sin volver a hablar con Golwer y se encaminó a la zona de la población donde está el *Star Saloon*.

El local se encontraba en una especie de «calle prohibida», muy corta pero muy peligrosa, donde había dos *saloons*, tres garitos y un sospechoso hotel donde sólo se alojaban pistoleros y mujeres de vida alegre. El *sheriff* y sus agentes apenas se acercaban por allí. Y mientras las cosas siguiesen de ese modo, el *Star* sería un buen refugio para los pistoleros y asesinos como Mike.

Pero antes pasó por el hotel para reponer todas las balas que faltaban en sus cintos-cananas, ya que imaginaba que no iba a entendérselas con un solo hombre, sino con toda una banda.

Al entrar en su habitación, vio que Sonia estaba allí, como aguardándole. El ruido de la puerta hizo que los ojos sin luz de la muchacha se volviesen en aquella dirección.

—Has salido —dijo ella antes de que Pat pudiese hablar.

—Me encontraba mejor.

—Pero ha sido una imprudencia. El médico ha estado otra vez aquí. Dice que no debiste haberlo hecho.

—¿Ha estado aquí el médico? —preguntó Pat con interés—. ¿Y te ha examinado?

—Sí. Y me ha dicho que se atreve a operar y que si a mí me parece lo haremos inmediatamente.

—Debes arriesgarte.

—¿Con qué dinero? —musitó ella—. ¿No te das cuenta de que yo me ganaba la vida de la forma más humilde, lavando ropa en el río?

Pat Lester se mordió los labios, porque la verdad era que él tampoco tenía apenas nada en los bolsillos.

Pero Nichols le había ofrecido trabajo para preparar caballos de carreras, y sin duda le darían un buen anticipo.

Pat, despreocupado siempre en cuestiones de dinero, se daba cuenta de que estaba ahora en un mal momento. Pero de todos modos dijo con voz alegre:

—No te preocupes. Que te opere mañana mismo si puede ser. Yo me arreglaré para pagarle.

—Sin embargo, tú no eres rico.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he imaginado. Sólo un hombre pobre hubiese sentido compasión de mí.

—Haces mal en entretenerte pensando, muchacha. Si soy rico o no, ¿qué importa? Cuando venga ese matasanos le dices que te opere mañana mismo.

Abrió de nuevo la puerta para salir. Ella preguntó:

—¿Adónde vas?

—A echar un trago. Yo, ¿sabes?, soy un borrachín.

—¿Y para echar un trago te llevas la caja de balas que hay en la mesilla?

La mano izquierda de Pat, que ya tenía la caja entre los dedos, se detuvo en seco.

—¡Diablos! ¿Sabes que tú lo notas todo, muchacha?

—Te has portado demasiado bien conmigo. Y no consentiré que te maten.

—¿Quién ha dicho que vayan a matarme? Es que yo mezclo el *whisky* con pólvora, y para eso me llevo los cartuchos. ¿Tú no lo has probado nunca? Pues no sabes lo que es cosa buena.

—No intentes vengarme, te lo suplico.

—No, intento vengar a nadie —susurró él, aunque su voz opaca indicaba que estaba mintiendo.

Sonia se puso en pie.

—Por Dios, no salgas.

—¿Y si yo fuese un mal bicho que merece la muerte? ¿Y si yo fuese el hombre por cuya causa estás ciega?

—No puedes serlo.

—Bueno, pues entonces imagínalo.

—Repito que no puedes serlo.

Él tomó definitivamente la caja de balas y abrió del todo la puerta para salir.

—No te preocupes por mí, muchacha. Yo soy el tipo de la buena estrella. Todo tiene que salir bien.

Cerró la puerta para no ver la expresión angustiada de la muchacha. Y luego descendió precipitadamente la escalera hacia la planta baja del hotel.

Allí abrió la caja de cartuchos, puso en los cintos canana los que faltaban y salió en dirección al *Star Saloon*. Marchó a pie, dejando el caballo, atado a la barra, porque la distancia era poca.

El *Star Saloon* estaba en aquellos momentos en el apogeo de su vida nocturna.

Corría la voz de que allí se reunían las chicas más bonitas y más peligrosas de la ciudad, y Pat Lester comprobó a la primera ojeada que el rumor debía ser cierto.

Por causa de esas chicas había constantes peleas y el *Star Saloon* era un auténtico campo de batalla durante gran parte de la noche.

Sin hacer caso de los alaridos que se oían por todas partes, ni de las maldiciones y botellazos, un pianista tocaba junto al escenario un himno de *réquiem*. La mitad de la clientela chillaba y la otra mitad aplaudía encantada con la bronca. Las bailarinas del escenario miraban al pianista sin saber qué hacer.

Docenas de personas entraban y salían continuamente del *Star Saloon*, que debía ser uno de los mejores negocios de la ciudad.

De pronto, Pat Lester creyó distinguir a través de una de las ventanas el rostro de Sonia Butterson.

¿Qué hacía allí aquella muchacha ciega? ¿Cómo había logrado llegar hasta el *Star Saloon*? ¿O quién la había acompañado hasta allí?

Quizá no había visto bien y acababa de confundir a Sonia Butterson con otra muchacha.

Se puso en pie y se dirigió a los batientes para salir y comprobarlo cuanto antes.

Pero al salir tropezó con un hombre.

Con el propio Mike, el tipo a quien quería matar.

CAPÍTULO XI

El pretexto para el desafío o las explicaciones que tendría que dar antes de éste, que era lo que más fastidiaba a Pat, fue soslayado.

No tendría que dar a Mike explicación ninguna.

Al salir había tropezado con él, estando a punto de derribarle, y ése era un crimen que Mike no perdonaba.

—¿No ve dónde pone los pies, imbécil? —gritó.

Pat no necesitaba más para sacar el revólver, pero ante todo deseaba saber si la que estaba allí cerca era Sonia o no lo era. Por eso se limitó a decir, así como una excusa.

—Salía a la calle con prisas. Deje que vea una cosa y luego hablaremos todo el tiempo que haga falta.

—¿Es que pretende escapar?

Pat le miró fijamente.

—Se llama usted Mike, ¿no?

—Sí, ¿y qué?

—¿Tanta prisa siente porque lo maten? ¿No puede esperar dos minutos a que yo salga a la calle?

—Lo que intenta es huir. ¡Cobarde!

El insulto resonó como un trallazo. En las inmediaciones de aquella zona se hizo un silencio. Una pelea donde interviniera Mike, desde luego, no era una pelea como las otras. Todos miraron hacia la puerta y poco a poco el silencio se fue apoderando completamente del *saloon*.

Pat seguía mirando al hombre a quien pensaba matar.

—Está bien, es usted el que lo ha querido. Yo pensaba dejarle vivir un poco más, pero si se empeña en terminar ahora le complaceré. ¿Le parece bien este mismo *saloon* para que le tumbe de un balazo?

—Si pretende hacerse el guapo e impresionarme, va listo. Están aquí algunos de mis hombres y me apoyarán en caso necesario.

—Lo sé.

—¿Y aún se atreve?

—No perdamos más tiempo en conversaciones. Si de veras quiere darle gusto al gatillo, póngase a quince pasos.

Mike sonrió secamente.

—¿Ya sabe con quién se enfrenta?

—Con un asesino.

Mike sonrió y volvió la cabeza hacia el interior del *saloon*, mientras hablaba a los espectadores.

—¿Han oído, caballeros? Este tipo dice que soy un asesino. Pero yo no me ofendo, puesto que ya sé por qué lo dice. Resulta que el otro día salí a cazar, maté una zorra y resultó que era su madre.

Algunas carcajadas brutales se empezaron a levantar en el fondo del *saloon*, pero quedaron cortadas inmediatamente por el gesto rapidísimo de la mano izquierda de Mike.

Había fingido que lo único que le interesaba por el momento era insultar a su enemigo, mientras tomaba posiciones para el desafío. Incluso había dejado que la mano derecha descansase tranquila junto a la cadera, sabiendo que es la mano derecha lo que más se vigila. Pero en el momento preciso la izquierda se movió, buscando coger desprevenido a Pat Lester.

Y dio la sensación de que lo conseguía.

Pat parecía no haberse dado cuenta de nada.

Mike tenía ya el revólver engarfiado en la mano izquierda, y empezaba a lanzar un grito de triunfo cuando Pat dio un salto de costado mientras disparaba a través de la funda.

El revólver que Mike sostenía en su mano izquierda saltó convertido en astillas metálicas.

Mike lanzó un grito y miró con ojos desorbitados su mano izquierda, donde se dibujaba un hilo de sangre.

—Nunca me han hecho gracia los bromistas como tú —dijo Pat con voz seca y dura—. Por eso te aconsejo que te pongas a quince pasos y defiendas tu vida, si es que vale la pena defenderla. No pienso darte más oportunidades.

Mike, con las facciones lívidas, empezó a retroceder paso a paso.

Buscaba con ojos desencajados a aquellos de sus hombres que

tenían que estar allí. Pero nadie se movía, y hasta daba la sensación de que las respiraciones habían cesado. El silencio era absoluto en el *saloon.*

De repente, un hombre que estaba a la izquierda de Pat, casi a su espalda, se puso en movimiento pulgada a pulgada, levantándose y sacando el revólver sin hacer el menor ruido.

Simultáneamente otro, colocado a la derecha se puso en movimiento también, sin dejar de mirar a Pat.

Mike los vio sin desviar los ojos y calculó que podría «sacar» con la derecha cuando sus compinches dispararan. Aquel loco se vería atrapado entre tres fuegos. El golpe no podía fallar.

Intentó distraer a Pat, fingiendo una sonrisa de pesadumbre y diciendo:

—Bueno, al fin y al cabo, no es para ponerse así…

El que estaba a la izquierda de Pat fue el que «sacó» primero.

En el *saloon* no había espejos —las balas los astillaban siempre —, y por eso los asesinos creían no correr ningún riesgo. Pero no contaron con las hileras de brillantes botellas que había alineadas en la barra y en el aparador y cuyos cristales reprodujeron cien veces cada uno de sus movimientos.

Para un hombre acostumbrado al peligro, como Pat, aquello era suficiente.

Se dejó caer al suelo con una velocidad diabólica mientras «sacaba» sus dos revólveres a la vez y disparaba a ambos costados sin preocuparse de apuntar.

No tenía tiempo para enfilar a sus enemigos con el punto de mira.

Pero su gesto fue suficiente. Los dos asesinos, que ya creían tenerlo seguro, se sobresaltaron al ver que se lanzaba a tierra. Dispararon de cualquier manera, instintivamente, y se encogieron al oír cómo las balas silbaban por encima de sus cabezas.

Mike disparó también, pero Pat ya había dado dos vueltas sobre el suelo, ocultándose parcialmente tras una mesa.

Las balas de Mike agujerearon las tablas sin herir a su adversario. Lanzó una maldición.

Apoyando el revólver derecho en su brazo izquierdo, Pat disparó una sola vez contra el enemigo que se había movido primero. Fue una cosa instantánea. El pistolero recibió el plomo en mitad de la

frente, soltó su revólver y cayó hacia atrás.

Claro que Pat no pudo entretenerse en verle caer.

Le quedaba el enemigo de la derecha, que ya avanzaba hacia él disparando frenéticamente. Y no alcanzó del todo a Pat, porque no le veía a causa de la mesa, pero una de las balas le produjo una rozadura en una pierna, junto a la caña de la bota tejana.

Si Mike en este momento hubiera sido más decidido o más valiente, la victoria hubiese sido suya con completa seguridad. Porque Pat, tocado en el brazo izquierdo por una antigua herida y en la pierna del mismo lado por una herida reciente, no habría podido enfrentarse con dos enemigos a la vez. Pero Mike pagaba a sus asesinos para que muriesen por él. Y de lo único que se preocupó fue de tratar de cobijarse en el fondo del *saloon*.

Pat, pegándose de costado al suelo sobre el lado izquierdo, descargó un puntapié a la mesa para lanzarla sobre el enemigo que se venía encima. El pistolero la esquivó y evitó caer rodando al suelo, pero con ello se puso al descubierto frente a su enemigo.

Durante fracciones de segundo los dos hombres se miraron a los ojos.

Y la vida fue del más rápido.

Pat envió una bala al centro del corazón de su enemigo y lo exterminó antes de que apretara el gatillo. De haber salido la bala del revólver de su enemigo, es seguro que no habría fallado debido a la escasa distancia. Pero la bala no tuvo tiempo de salir.

La voz de Pat rugió:

—¡Quieto…, Mike!

Mike, que ya estaba junto al escenario, se detuvo en seco y disparó a ciegas, haciendo oscilar con su bala uno de los batientes de la puerta.

Pat no hizo fuego. Se puso en pie.

Los dos tenían sus armas preparadas.

—¿Cómo te llamas? —susurró Mike—. Quiero conocer el nombre del perro al que voy a matar.

—Me llamo Pat Lester.

Pat hubiese jurado que en aquel momento acababa de oír junto a la puerta un grito de mujer.

Pero no estaba seguro. Porque en aquel momento se contorsionaron y dispararon los dos.

Mike fue alcanzado en una rodilla y su cuerpo se contorsionó con un movimiento reflejo. La bala que disparó fue al suelo. Un nuevo plomo le hizo un orificio redondo en mitad del pecho. Cayó sobre las tablas y aún intentó apretar el gatillo otra vez, levantando el revólver con las dos manos, pero una tercera bala disparada por Pat le atravesó la cabeza.

Pat guardó sus armas.

Se acercó poco a poco al caído. Sus pasos resonaron como los de un fantasma en el silencio espantoso del *saloon*. Extrajo la bala de oro que llevaba en uno de sus bolsillos, tomó uno tras otro los revólveres de Mike e intentó encajarla en cualquiera de las doce recámaras.

Pero era inútil. La bala había sido pulida para entrar en otro revólver. No lograba hacerla entrar allí.

Cuando se puso en pie de nuevo, Pat estaba intensamente pálido.

Lo más probable, entonces, era que aquel hombre no fuese el que había intentado ultrajar a Sonia.

Todas estas macabras operaciones habían tenido lugar en medio del más espantoso silencio.

Cuando Pat se puso en pie, una mujer se arrodilló junto al cadáver.

El joven se mordió los labios al ver que aquella mujer era Sonia Butterson, la muchacha ciega. Y tuvo que mordérselos otra vez cuando se dio cuenta de que ella pasaba delicadamente las yemas de sus dedos por las facciones del muerto.

Sonia, tras unos minutos de silencioso examen, se puso en pie también y ocultó el rostro entre las manos.

—Éste no es el hombre que entró en la cabaña —susurró al fin —. Pero tú…, tú, Pat Lester.

Su voz amenazaba romperse. Lo que brotaba de su garganta era un sonido gutural, ronco.

—Sí —musitó él—. Yo soy el hombre a quien más odias en el mundo.

—¡Y me has humillado haciéndome aceptar tu caridad! ¡Te has burlado de mí como si yo hubiera de ser un juguete sin voluntad entre tus manos!

—No ha sido caridad, Sonia.

—Eres… ¡eres mucho más canalla que el hombre a quien acabas de matar!

—Te juro que todo lo he hecho con buena voluntad, Sonia. Claro que ya sé que mis juramentos no sirven para nada.

—Yo… yo, sufría por ti. Imaginé que ibas a venir a este lugar y me hice acompañar por un empleado del hotel. Pero nunca hubiese podido suponer que fueras el hombre por cuya causa quedé ciega. Ya no recordaba tu voz. Tu maldita y miserable voz.

—No volverás a oírla más, Sonia.

—Sí… —La muchacha jadeaba a causa de su propia excitación—. Si aprecias tu vida en algo, marcha de la ciudad y del territorio entero. ¡Marcha de aquí porque si algún día recobro la vista y puedo emplear de nuevo el revólver, te mataré! ¡Juro que te mataré!

—Nunca me comprenderás, Sonia. Nunca podrás comprender lo que siento por ti.

Hundió la cabeza entre los hombros y salió del *saloon*. En la puerta, junto a un par de docenas de hombres, que también habían querido ser testigos de la pelea, estaba Nichols.

—Ha sucedido lo que tenía que suceder —musitó—. No comprendo cómo no ha reconocido antes tu voz… ni la mía.

—Debí hablarle claro desde el principio —suspiró Pat con un gesto de desaliento.

Nichols se colocó junto a él y ambos salieron a la calle, dejando atrás a la muchedumbre de curiosos.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó.

—No lo sé —reconoció Pat.

—Creo que al menos por un tiempo te convendría estar fuera de aquí, hasta que los nervios de esa muchacha se calmen.

—Me será difícil no verla.

—Has llegado a sentir algo por ella, ¿verdad?

—Es la primera vez en mi vida que siento algo por una mujer y casi me avergüenzo de ese sentimiento. No quiero que ella lo sospeche.

—Descuida, no lo sospechará. Lo único que quiere es matarte.

—Y yo matar al hombre que entró en su cabaña.

—No era Mike, ¿eh?

—No, no era él, sino seguramente alguien que es amigo suyo.

Pero ¿quién? ¡Infiernos! ¿Cómo daremos con él?

—¿Estás seguro de que lo que quiso es ultrajar a Sonia? ¿No buscaría otra cosa?

Pat dijo pensativamente:

—Es posible que sí. Quizá lo que menos le importaba fuese la belleza de la muchacha.

—No te preocupes de eso ahora.

—Necesito dinero para que operen y cuiden a esa muchacha, Nichols —dijo de repente Pat—. Por eso aceptaré el empleo que me ofreció tu amigo. ¿Cuándo puedo salir?

—Mañana mismo. Y te darán un anticipo.

—¿Puedes hacerte responsable de los gastos sólo hasta que vuelva?

—Claro que sí. Y si yo tuviese que marchar de la población por cualquier cosa ya lo arreglaría.

—Entonces saldré mañana. O, mejor aún, esta noche. Sonia no estará tranquila mientras yo me encuentre cerca de ella.

—Como quieras, Pat. Si sales en seguida llegarás allí al amanecer sin descansar tu caballo.

—Lo haré así.

Estaban ya frente al hotel. Pat, sin prestar ni siquiera atención a la leve rozadura de su pierna, montó con dificultad en el caballo que le aguardaba junto a la puerta, picó espuelas con suavidad y emprendió el trote corto hacia la llanura.

Desde la puerta del hotel, Nichols le vio marchar con una enigmática sonrisa.

Ahora estaba solo en la ciudad.

Capítulo XII

Dentro de uno de los bolsillos de su camisa estaba la bala de oro.

Y frente a él la llanura infinita, sobre la cual se cernían más negras que nunca las sombras de la noche.

Pat iba a poner a galope su caballo cuando una voz le llamó:

—¡Eh, señor Lester!

Detuvo su montura y miró hacia la derecha, que era donde había sonado aquella voz.

Saliendo de una de las últimas bocacalles de la población, montado en un caballo negro, estaba el banquero Murray.

—¿Me buscaba? —preguntó Pat—. ¿Es que aún está preocupado por el porvenir de esa muchacha?

—Sin querer he sido testigo de la pelea en el *saloon* —dijo Murray—. Un siniestro espectáculo.

—Sí, muy siniestro. Sobre todo, para los muertos. ¿Y qué?

—Esa chica no tendría que estar allí.

—Insiste en sus afanes de moralidad, ¿eh? Me parece muy bien, pero sepa que yo no la llevé.

—De todos modos, esa muchacha no marchará por el buen camino mientras se mueva alrededor de usted, señor Lester. Hoy ha demostrado que no es más que un pistolero.

—No he tratado de negarlo, Murray. ¿Qué es lo que sugiere para arreglar esta situación? ¿Trasladar a la chica a alguna ciudad menos pervertida?

—Creo que sería lo mejor.

—Pues por mí puede llevársela, después que la hayan operado.

—En tal caso no tardaré mucho. He oído decir al doctor Sanders que pensaba operarla esta misma noche.

Pat vaciló visiblemente. ¿No correría peligro la muchacha con

aquella intervención? ¿No sería su deber quedarse a pesar de todo, por si ella lo necesitaba?

Murray, que parecía haber adivinado sus pensamientos, le tranquilizó.

—No se preocupe, la operación será rápida y no entraña ningún peligro. ¿Va usted muy lejos?

—A un lugar llamado *Rancho Quilez*.

—Llegará antes del amanecer. Le deseo un buen viaje.

—Hasta la vista.

Pat saludó llevándose la derecha al ala del sombrero y reemprendió su galope.

No quería pensar más en Sonia Butterson. No conviene que el corazón de un hombre esté ocupado demasiado tiempo por la imagen de una mujer. Al diablo con ella.

Estuvo viajando hasta el amanecer, siguiendo la ruta de diligencias. Varias veces tuvo la sensación de que alguien le seguía, pero no pudo asegurarse. Quizá aquel rumor de cascos de caballo que a intervalos creía oír tras él era un eco creado por los altos farallones que limitaban la llanura. En todo caso si alguien le seguía tenía que ser un hábil rastreador. Varias veces estuvo Pat a punto de detenerse, pero decidió aguardar a que se insinuasen en el horizonte las primeras luces del amanecer.

Entonces se ocultó con su caballo en una profunda vaguada y esperó.

Poco después oía el rumor de los cascos de un corcel. Y cuando supo que iba a pasar junto a su escondite hizo dar al caballo un rápido salto y se plantó en mitad del camino con los dos revólveres amartillados.

El caballo que le venía siguiendo se encabritó y su jinete estuvo a punto de caer a tierra.

Pat Lester quedó petrificado por el asombro al reconocer al coronel Golwer.

Guardó los revólveres mientras detenía del todo su caballo.

—¡Por todos los infiernos! ¿Qué hace aquí, coronel?

—He venido siguiéndole, comandante Lester.

—¿A qué viene eso de tratarme con tanta ceremonia? ¿Y por qué se le antoja ahora llamarme comandante?

—Porque lo es.

—Eso ya pasó.

—Anoche murió en el acuartelamiento un oficial del Estado Mayor —explicó el coronel en voz baja—. Cuando reuní sus papeles para enviarlos a Washington, encontré un extraño documento. En él se decía que el comandante Pat Lester estaba en misión especial en el territorio de Nevada.

Pat se mordió el labio inferior con tanta fuerza que hizo brotar de él unas gotitas de sangre.

—Alguna confusión.

—No era una confusión, Pat. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué dijiste a todos que no te interesaba el ejército?

—Me ha seguido sólo para eso, coronel.

—Necesito saber la verdad. Si es cierto que tienes aquí alguna misión especial que cumplir, debo ayudarte.

—Tendría que saberlo tarde o temprano, coronel —dijo Pat con voz ronca—. Es cierto. Yo, el bromista Pat Lester, tengo aquí una misión que cumplir: encontrar cerca de medio millón de dólares en oro.

—¿Medio… millón?

—Más o menos.

—¿Y quién tiene esa fortuna?

—Algún antiguo miembro del ejército del Sur.

—¿Qué quieres decir?

—El coronel Butterson custodiaba una verdadera fortuna para ir pagando las obras que realizaba en Texas el ejército de la Confederación. No la tenía en aquel campo de prisioneros, por supuesto, pero si en algún sitio oculto cerca de allí. Cuando Butterson murió hicimos toda clase de esfuerzos para encontrar ese oro, pero sin resultado. Llegamos entonces a la conclusión de que alguien que conocía el secreto lo había retirado de allí.

—Y a ti te ordenó el Estado Mayor que fingieses retirarte del ejército y buscases ese oro, ¿no es verdad?

—Exacto.

—¿Y por qué en un lugar tan apartado como Nevada?

—Porque circulaban rumores de que un importante cargamento de oro había pasado ya clandestinamente por Nuevo México y Arizona. Su destino lógico parecía ser Carson City, en Nevada, o San Francisco, en California. Usted sabe que en esos dos sitios aún hay

algunos viejos fanáticos del Sur que podían necesitar ese oro para tratar de encender nuevamente la guerra civil, aunque fuese levantando tribus indias y reclutando pistoleros. Estuve en Carson City y llegué a la conclusión de que el oro no podría ir a parar allí, aunque desde luego estaba en Nevada. Y me situé en la frontera con California para tratar de encontrar su pista.

Golwer se frotó nerviosamente la barbilla.

—¡Diablos, nunca hubiera imaginado eso! Un tipo tan bromista como tú…

—Pues mi misión no es de broma, coronel.

—Creo que puedo ayudarte, y hasta no sé cómo no se te ha ocurrido a ti —dijo Golwer, levantando la cabeza de pronto—. ¿En quién podría Butterson tener confianza sino en su propia hija?

—Pensé en eso —dijo Pat—, y hasta creí estar sobre la verdadera pista cuando vi a Sonia. Pero al saber que estaba ciega todo se derrumbó. No suele confiarse una fortuna a una mujer, y menos a una mujer que no ve. De modo que a mi entender tiene que quedar eliminada Sonia. Y sigo por ahora sin tener la menor pista.

—¿Hacia dónde te diriges?

—A un lugar llamado *Rancho Quilez*, a preparar caballos de carreras. Necesito algún dinero para los gastos de la operación de Sonia.

—Mucho te interesa esa mujer.

—Sí —confesó Pat.

—¿No tienes tu paga de oficial? ¿Qué necesidad hay de que te emplees en un rancho?

—Para no despertar sospechas, el ejército no puede pagarme. He de vivir de mis propios recursos.

—Comprendo.

—También debo confesarle otra cosa, coronel.

—¿Cuál?

—He matado a un hombre del cual Elisa estaba enamorada.

Golwer se estremeció al escuchar el nombre de su hija. Luego miró al frente y dijo con un soplo de voz:

—Lo sé.

—Ese tipo se hacía llamar Mike. Era un pistolero. Sospecho que Elisa había llegado demasiado lejos con él…

—Lo he sabido todo… esta misma noche.

—Crea que lo siento, coronel.

—Todo ha sido culpa mía… Debí haber vigilado más a Elisa, en unos aspectos y no tanto en otros. Pero a partir de ahora todo será distinto, porque me preocuparé de ser un verdadero padre para ella. De momento le será doloroso, pero le has hecho un favor que jamás te podrá pagar, Pat.

—Los favores que se hacen con plomo, no son favores.

Hizo dar vuelta al caballo para que tomara otra vez la dirección que llevaba cuando se detuvo.

—¿Es que de verdad piensas ir a ese rancho, Pat?

—Necesito dinero para curar a Sonia. En cierto modo yo fui responsable de lo que le sucedió, coronel. Y quiero salvarla.

—Puedo prestarte ese dinero. Todo el que necesites.

—Usted no lo comprende, Golwer. Ese dinero necesito ganarlo yo solo. Necesito ganarlo precisamente para ella y sin ayuda de nadie.

Picó espuelas suavemente mientras miraba a su superior.

—De todos modos, gracias.

Y emprendió de nuevo el galope hacia el *Rancho Quilez*.

* * *

Dos días más tarde, Pat Lester ya se había familiarizado por completo con su nuevo trabajo.

Obtuvo un anticipo de quinientos dólares y se puso a preparar tres caballos para las próximas carreras. Aunque, mejor aún que prepararlos, lo que hizo fue probarlos bien para ver si servían. Y tras ímprobos esfuerzos para tratar de sacar partido de ellos, Pat tuvo que llegar a la sorprendente conclusión de que los tres caballos eran unos pencos que jamás correrían a galope ni siquiera una milla.

Y lo más raro era que Quilez, el mexicano dueño del rancho que llevaba su nombre, entendía realmente de caballos.

¿Para qué le habían contratado si aquellos bichos jamás ganarían una carrera?

¿Qué pretendían?

¿Alejarle de la ciudad?

Hacía ya tres días que estaba ausente cuando se lo dijo a Quilez.

—Tengo la sensación de que usted no me necesita para nada, Quilez.

—¿A qué viene eso?

—Usted no ha pensado nunca seriamente en presentar esos pencos en una carrera, y por lo tanto no necesita un preparador.

—Bueno, yo…

—¿Quién le dijo que me admitiera?

—Crea que le necesito…

—No hace falta que mienta, Quilez. Supongo que Nichols es amigo suyo y por eso le complació, cuando él le pidió que me entretuviera aquí todo el tiempo posible. Pero no soy tan tonto como para caer durante más de tres días en una trampa tan burda. Voy a regresar inmediatamente.

—Espero que no intentará nada contra Nichols.

—Nada… —dijo Pat Lester enigmáticamente.

Y con las manos pegadas a los revólveres para evitar cualquier sorpresa, se alejó de Rancho Quilez en dirección a la ciudad.

* * *

Nichols estaba sentado con otros dos hombres a la mesa. Frente a ellos había tres vasos y una botella de *whisky* de la que sólo quedaba el fondo.

Llevaban ya largo rato hablando y bebiendo, y sus voces habían enronquecido.

De pronto uno de ellos susurró:

—Mira…, es Pat Lester.

Nichols volvió el rostro de pronto y se levantó de su silla.

En efecto, era Pat el que había entrado en el *saloon*. A aquella hora de la mañana el local estaba prácticamente vacío. Sólo ellos tres y el barman. Tenía que verlos por fuerza.

—Hola, Pat —saludó con expresión que quería ser alegre.

—Hola, Nichols.

—¿Ya has terminado de preparar aquellos potros? ¡Qué rapidez!

—Eran tan buenos que casi no ha hecho falta prepararlos.

—¡Vaya, vaya!

Los ojos grises de Pat brillaban con un extraño fulgor metálico. Nichols susurró:

—¿No te sientas con nosotros?

—¿Por qué intestaste alejarme de la ciudad, Nichols?

—¿Qué dices?

—Creo que me has oído bien claramente. Y voy a preguntar algo más: ¿dónde está el oro?

—No sé de qué me hablas, Lester.

—Tú eras el hombre de confianza del coronel Butterson, el hombre que sabía dónde estaba el oro de la Confederación y recibió la orden de llevarlo en el mayor secreto hasta un Banco de San Francisco, donde seguiría estando a disposición de los rebeldes. El no haberte aprovechado de esa situación, indica que eres un idealista, Nichols, porque otro no hubiese arriesgado su vida y habría atravesado con el oro la frontera de México. Sólo por eso no voy a matarte. Por eso y porque me salvaste la vida una vez, al arrepentirte del asesinato que tú mismo habías preparado.

Nichols, estaba mortalmente pálido y parecía incapaz de hablar. Pat continuó…

—Tú sospechabas que yo iba tras tus huellas y por eso decidiste eliminarme. Estos dos compañeros tuyos, que te ayudaban a transportar el oro y ocultarlo cuando hacía falta, eran los encargados de liquidarme en aquella calleja oscura cercana al hotel. Pero en el último segundo te arrepentiste, y cuando iban a disparar me empujaste contra el suelo. Sólo el mismo que había preparado la emboscada podía conocer todos sus detalles tan bien. Por eso no vengo a matarte, Nichols, sino a decirte que tu esfuerzo es inútil. La guerra terminó hace tiempo. Ese oro pertenece legalmente al Gobierno de nuestro país para beneficio de todos. Estás aún a tiempo de entregarlo y ser un ciudadano honrado. De lo contrario te convertirás en un proscrito.

Uno de los que estaban sentados a la mesa, gritó:

—¡Déjamelo a mí, Nichols!

Sacó el revólver con tal rapidez que Pat no pudo prevenirse. Sólo su fabulosa maestría con el «Colt» le permitió disparar al mismo tiempo que su enemigo. Éste cayó con la cadera atravesada, aunque la herida no era mortal. Pat recibió otra rozadura en el brazo que tuviera herido días antes. Se inclinó hacia adelante y comprendió que ahora cualquiera podía vencerle.

Nichols sacó el revólver.

Era verdad lo que había dicho Pat. Él había recibido el encargo

de transportar el oro a San Francisco. Un encargo sagrado, porque era el oro del Sur.

Y entre él y el cumplimiento de su misión sólo se interponía un hombre. Un hombre herido.

Nichols levantó el revólver un poco más.

Los ojos grises de Pat estaban clavados en él. Unos ojos donde no se leía súplica, ni rencor, ni miedo.

Los ojos de un hombre que sabe cómo hay que morir.

Nichols apretó los dientes, fue a disparar y de repente gritó:

—¡Maldito seas, Lester!

Arrojó de un seco golpe su «Colt» al suelo y dijo a sus hombres, viendo que el herido ya se había puesto en pie:

—¡Vamos a desenterrar el oro que había que traer hoy a la ciudad! ¡Este hombre tiene razón, aunque a nosotros nos duela! ¡La guerra ha terminado!

Pat, dominado por el dolor, tuvo que apoyarse en una de las paredes.

Sus labios sólo pudieron decir, mientras veía marchar a los tres hombres:

—Hasta pronto, Nichols. Y que Dios te acompañe…

La sangre empezaba a deslizarse a lo largo de su brazo. Notó que la vista se le nublaba y comprendió que si se estaba quieto terminaría por caer. Avanzó hasta el centro del local.

Y ni él ni el barman vieron al hombre que con el revólver amartillado había aparecido en la puerta.

Aquel hombre apuntó a la espalda de Pat Lester, desprevenido por completo. Ajustó bien el índice para apretar el gatillo…

Y en aquel momento, Pat se volvió, avisado por un levísimo chasquido de sus espuelas.

Disparó, mientras se encogía, y alcanzó a su enemigo en el hombro antes de que éste pudiera apretar el gatillo.

Murray, que era el hombre que había aparecido en la puerta, lanzó una maldición y soltó el revólver mientras se apretaba la mano contra la herida.

Pat, tambaleándose, se acercó a él.

—Debí haberme imaginado que eras tú el que había entrado en la cabaña de Sonia —musitó—. El billete de Banco que había allí era falso —resulta muy fácil engañar a una ciega—, y tú le dijiste

que bien poco valía. Sólo un hombre acostumbrado al manejo constante de billetes, como, por ejemplo, un banquero, podía notar a primera vista que aquél era falso.

—Ella… no me importaba.

—Lo sé. La belleza de Sonia te tenía sin cuidado. Lo único que tú querías era sacarla de allí y llevarla a algún lugar seguro para que te dijese dónde estaba el oro del que tú habías oído hablar. Pero ella se defendió bien y no pudiste sacarla de la cabaña. Voy a tomar tu revólver, Murray…

Se inclinó un poco y lo sujetó, dejando al descubierto las recámaras. Sacó todos los proyectiles y dejó solo el de oro, que entraba perfectamente.

—Tú eres el auténtico jefe del pistolero Mike —susurró, mientras retrocedía poco a poco—. Te encaprichaste de esa bala de oro y él no tuvo más remedio que dártela después de ajustarla para tu revólver. Yo la he conservado para matarte con ella, Murray. Para matarte con ella…

Cerró la recámara de un seco golpe y arrojó su revólver, cargado con cuatro balas, para que lo tomase el banquero.

Éste cerró sus cinco dedos, igual que garfios, sobre la culata. Pat sintió entonces que todo vacilaba alrededor suyo.

La herida le daba vértigo. Era incapaz de levantar el revólver.

Alzó la vista hacia su enemigo y lo vio todo borroso. Murray era una sombra gris contra la que no podía disparar. ¡No podía!

Cayó de rodillas al suelo, manchándose con su propia sangre.

Levantó el revólver. Apuntó bien. Apretó el gatillo… Sonó un disparo.

* * *

Murray se llevó ambas manos a la cabeza, lanzó un grito y cayó de bruces, mientras partículas de su cráneo saltaban por los aires.

Pat logró ponerse en pie mientras su enemigo caía muerto sobre las tablas.

Con un revólver todavía humeante en la mano derecha, vio junto a la puerta a una mujer. Una mujer que le miraba con ojos todavía húmedos por la emoción. ¡Los maravillosos ojos de Sonia!

Pat sólo supo decir en este momento:

—Cielos…

—La operación fue un éxito —susurró ella—. Esta mañana me han quitado el vendaje. Y el coronel Golwer me lo explicó todo.

—Entonces…, ¿no piensas disparar sobre mí? Si lo deseas no voy a poner ningún inconveniente, Sonia. Era ya un cadáver cuando tú has entrado en el *saloon*.

Ella dejó caer el revólver sobre las tablas.

—Tienes aún la bala de oro, ¿no?

—Así es.

—Pues mándala fundir para hacer con ella un anillo de prometida… si quieres.

Y ahora, Pat Lester sí que tuvo que sentarse en una silla para no caer de nuevo.

Porque a veces la felicidad derriba a un hombre con más fuerza que una bala.

FIN